

El Consorte y la Reina

Agustin Dieguez



Capítulo 1

La nieve había comenzado a caer hacía ya varios días, y aún no mostraba signos de detenerse. El invierno había llegado en su mayor apogeo, Andros disfrutaba del frío, la nieve le recordaba como en su infancia representaba una forma de jugar y divertirse con sus amigos.

Aquel castillo, cuyas murallas ahora recorría mientras la nieve caía, era el lugar donde había nacido, donde había crecido y donde seguramente moriría si el destino era piadoso con él.

Mientras recorría las murallas podía encontrarse continuamente con los vigilantes, los que se encargan de patrullar las murallas en caso de que algo pudiera llegar a pasar. Su hogar, no era solo su hogar, era una de las fortalezas más septentrionales de su nación, una fortaleza que era constantemente amenazada por los clanes de las montañas que se alzaban al norte. Para solo tener diecinueve años, Andros ya había participado en una docena de batallas y participado en una guerra, la única maldición que tenía haber crecido en aquel castillo era que la infancia y la inocencia se pierden muy rápido.

Unos guardias lo saludaron y continuaron con su patrullaje, conocía todos los rostros de aquellas personas que vivían en el castillo y en sus alrededores. Una gran responsabilidad caía sobre los hombros de todos ellos, la responsabilidad de defender una frontera completa, belicosa y muy inestable, su familia, los Whitewood eran la quinta familia que había sido designada a esa tarea, las cuatro anteriores se habían extinguido y no había dejado descendencia.

Aunque fuera de noche, no era una noche muy tranquila como las que él más apreciaba, pues mientras él recorría las murallas cubierto por su piel de oso preferida, en los patios del castillos aún se llevaban a cabo los preparativos. El rey venía de visita, pero no para revisar el estado de la frontera, eso nunca les importo mucho a los reyes, a lo que venía era a buscarlo a él. Aun no entendía porque, pero el rey estaba al parecer obsesionado con la idea de tenerlo a él como su yerno, su única hija la princesa Maria estaba en edad para casarse y necesita un consorte que fuera su brazo armado.

Todo ello era una estupidez para Andros, ¿porque elegirlo a él?. El era el hijo del segundo hijo de un señor menor del norte, ¿porque el?, cuando podrían casarla con algún poderoso señor sureño, rico y con grandes ejércitos a su espalda, o porque no casarla con un poderoso príncipe de

un reino vecino y así fortalecer una alianza.

Había escuchado las historias de cómo su padre había luchado y muerto por el rey en la guerra de sucesión que hacía ya dieciocho años se había librado. Había escuchado cientos de veces como su padre había matado en combate singular al rival del rey por el trono. Pero a pesar de aquello, a pesar de que tan poderoso guerrero fuera su padre, ese matrimonio no tenía sentido. No tenía un sentido político o económico, a su parecer todo debía ser un mero capricho del rey.

En un momento en el que se quedó parado y mirando las luces de la aldea que se encontraba por fuera de los altos muros, sintió una presencia, como si alguien estuviera acechando. Tantos años de entrenamiento y luchas lo habían hecho desarrollar un sexto sentido para esa clase de cosas.

Andros de forma casi instintiva desenvaino la espada y giró sobre sus propios talones encontrando con su mano izquierda el cuello de una persona.

- Solo quería sorprenderte - dijo una voz melodiosa que parecía contener la risa - pero veo que es imposible hacerlo.

Andros soltó casi al instante el cuello de la mujer y volvió a guardar la espada.

- Lo siento - fueron las palabras que dijo Andros mientras volvía a dirigir su mirada en dirección a la aldea - pero estos días no son fáciles para mí.

- Lo sé - dijo con melancolía la mujer y posando sus manos por debajo de sus brazos y lo abrazó - ¿qué haremos?.

Andros simplemente no dijo nada, para ser sinceros él no sabía qué hacer. Durante toda su vida lo prepararon para ser un soldado, alguien que simplemente sigue las órdenes de sus comandantes, pero siempre creyó que tendría la libertad de elegir aunque fuera una pequeña parte de su futuro. Y ahora resultaba que esa pequeña parte tampoco era suya para elegir.

- Helena, sabes lo que pienso sobre esto - dijo finalmente, mientras agradece no estar viéndola a los ojos.

- Si, siempre me has contado todo, pero no entiendo porque justo ahora no respondes - esta vez su voz no era melodiosa y tierna como siempre, su voz se había vuelto fría y quebradiza.

El joven simplemente no sabía qué hacer, si llegaba a oponerse abiertamente al matrimonio arreglado eso traería consecuencias a su

familia. El rey podría incluso dejar de patrocinar a su familia como castigo, lo que significaba simple y llanamente el final de su estirpe. Pero si aceptaba el matrimonio perdería a Helena.

- ¿Qué quieres que haga?

- Quiero que seas sincero por una vez en tu vida - le respondió Helena que lo abrazó con más fuerza - quiero que luches por lo que amas, quiero que te liberes de las ataduras de tu familia y elijas tu felicidad por única vez en tu vida.

Las palabras de Helena, lo único que hicieron fue causar que Andros dudara aún más, ¿en serio eso era lo que Helena pensaba de él?, ¿en serio pensaba que era un hombre sin libre albedrío?. Por primera vez en su vida sintió furia hacia Helena.

- Dime - dijo Andros con calma, conteniendo exitosamente la furia que sentía. Se había soltado del abrazo de Helena y había girado sobre sus talones, pudo ver a Helena, estaba llorando - no llores, por favor, sabes que eso es lo único que no tolero.

- Lo se, pero, ¿acaso no tengo razones suficientes para llorar?, ¿no tengo derecho a sentir tristeza y sentirme abandonada?, cuando el hombre que amo se va a casar con otra mujer.

Andros simplemente se dejó llevar por el momento, se abalanzó sobre ella, la abrazó con fuerza. Aun después de tanto tiempo se seguía sorprendiendo por lo pequeño que era el cuerpo de la joven. La forma en la que hablaba y actuaba lo hacían olvidar por completo, que ella tan solo tenía dieciséis años.

- Escúchame - le susurro al oído, Andros ya había tomado una decisión - no importa quien venga a este castillo, no importa lo que venga a buscar, no importa lo que quieran de mi. Yo te amo Helena, tu eres la única mujer que jamas podria dejar de amar, si quieres que le escupa en la cara al rey lo haré, si quieres que cabalgue hasta el fin del mundo solo con mi espada lo haré, si quieres que abandone todo por ti lo hare...

Andros no pudo terminar de hablar, Helena le puso su mano en la boca, no lo dejaría hablar más, estaba sonrojada a tal punto que parecía un tomate. Andros solo podia mirarla, ver sus cabellos de color castaño como el cobre, sus ojos color miel, su piel blanca como la nieve que estaba manchada por el color de la sangre, su nariz pequeña y sus labios finos pero hermosos. Andros se convenció en ese momento, ella valía más que cualquier princesa, valía más que cualquier trono que pudieran ofrecerle. Ella era una razón, o mejor dicho la única razón, por la que daría su vida.

La joven acercó sus labios a los de Andros, pero justo en el momento en que se estaban por encontrar, pasó lo impensado, lo que Andros temía tanto. Sonaron los cuernos de guerra. Andros rápidamente se apartó de Helena y miró en dirección al camino que llevaba a las puertas del castillo, un pequeño grupo de jinetes se acercaba al galope y soplando los poderosos cuernos de guerra. Solo podía significar una cosa, las fronteras habían sido traspasadas y llamaban a los guerreros de Whitewood a defenderlas.

Capítulo 2

El viaje llevaba ya varios días, mientras que su padre y sus caballeros montaban a caballos armados con espadas y armaduras, ella y su madre viajaban en un enorme carruaje de madera que era inmenso. Con ellas viajaban dos doncellas, la de su madre y la de ella.

Mientras más al norte llegaba más frío comenzaba a hacer. Hacía tres días que no dejaba de nevar, pero por suerte en el interior del carruaje no sufrían el frío, pero los que si lo sufrían eran los que viajaban a caballo o en las carretas donde viajaban sus provisiones.

Al principio podían detenerse en los hogares de señores o en posadas. Pero en esos momentos estaba atravesando unas tierras que parecían estar completamente desoladas. Un gran desierto de nieve lo cubría todo, cuando miraba por las ventanas solo podía ver nieve.

- Esta tierra está abandonada - le comentó a su madre, la cual estaba leyendo un libro en esos momentos.

- Si, lamentablemente estas tierras no son muy ricas - le comentó su madre - la vida aquí debe ser muy difícil y según tengo entendido la población de estas tierras se concentra en los alrededores de los castillos para buscar la protección de los señores.

Maria pensó que eso debía ser muy difícil, pensando también en la enorme diferencia que tenían esas tierras con las de su padre. Mientras que estas tierras eran pobres y cubiertas de hielo, las de su padre eran verdes y con unas tierras ricas de las cuales podía crecer cualquier cosa.

Su padre le había dicho el día anterior que solo faltaban dos días para que llegaran a su destino, pero ella no estaba emocionada por llegar. Ella no quería saber nada con ese viaje, no quería casarse con un desconocido, aunque su padre le había dicho que no se casarían al instante y que les daría un tiempo para que se pudieran conocer, ella estaba convencida de que su padre no tendría en consideración la opinión que ella tenga de aquel hombre.

El carruaje se detuvo y un cuerno sonó, supo al instante que ese cuerno debía de ser alguien desconocido, pues los hombres de su padre solo usaban trompetas para avisar su llegada a los lugares. Rápidamente sacó la cabeza por la ventana del carruaje y vio como una larga columna de jinetes se acercaba por el camino, sintió un enorme alivio al ver el

estandarte que portaban aquellos hombres, era el estandarte del rey, aunque estaba acompañado por otro estandarte, en el cual se podía ver un gran árbol blanco con hojas negras y dos espadas cruzadas sobre el. Ese era el escudo de la familia Whitewood, la familia de su prometido.

- Maria - le dijo rápidamente su madre - ¿qué está pasando afuera?.

- Son una escolta, parece que Lord Whitewood no envió una escolta de honor - le dijo a su madre sin apartar la mirada de aquellos extraños hombres que se acercaban.

Llamó mucho su atención que aquellos hombres, no se parecían a los del sur, eran algo completamente diferente, mientras que los del sur mantenían un afeitado perfecto, aquellos hombres portaban barbas largas y que se peinaban en trenzas, todos aquellos hombres parecían muy viejos y curtidos. Sus ropas eran algo miserable a sus ojos, llevaban unas ropas de cuero que se cubren con armaduras de hierro y cotas de malla, todos llevaban puestas grandes capas de pieles y yelmos simples que eran únicamente útiles para defender a su portador.

Maria no pudo evitar compararlos a los caballeros de su padre, los cuales llevaban hermosas armaduras de placas y hermosos yelmos decorados con las alas del águila, símbolo de su familia.

Pero lo que más la perturbo fue el imaginar que su prometido pudiera estar entre aquellos hombres tan feos o que pudiera parecerse a alguno de ellos.

- ¡Majestad! - gritó el jinete que iba al frente, por lo que parecía, debía ser el líder de la escolta - es un honor recibirlo en nuestra humilde tierra, Lord Oscar nos envió para que los escoltemos hasta Diez Forjaz.

Maria se sorprendió al ver como su padre se adelantaba y saludaba a aquel jinete con un saludo tan natural, como si saludara a un amigo.

- Sir Bruce Greenwood - dijo entre risas su padre - no te veía desde hace muchos años, lo último que supe de ti es que eras el nuevo maestro de armas de Diez Forjaz.

- Majestad, no debemos distraernos, Lord Oscar me ordenó llevarlo de forma inmediata al castillo.

- ¿Ha ocurrido algo? - le preguntó su padre.

El caballero norteño simplemente asintió y mudo sus labios, diciendo palabras que Maria no pudo escuchar.

- Marcha rápida, sin descanso hasta Diez Forjaz - gritó su padre, rápidamente los caballeros se su padre cerraron filas junto a los jinetes norteños y reanudaron la marcha.

Ahora el viaje parecía ser más incómodo que antes, el carruaje iba muy rápido, se movía demasiado, lo cual le produjo dolor de cabeza. Una de las doncellas llegó a vomitar por una de las ventanas del carruaje.

- ¿Porque vamos tan rápido? - le preguntó su madre a uno de los caballeros que estaba junto a su carruaje.

- Lo siento majestad, no sé el motivo, pero son órdenes del rey.

- Pues informarle al rey que tendremos una muy larga conversación cuando tengamos tiempo a solas - la reina vio que el caballero no había tomado en serio al orden que le había dado - es una orden sir.

El caballero se alejó al galope en dirección a la cabeza de la columna. Momentos después pudo escuchar las risas de su padre, lo cual causó que su madre apretara la mandíbula y rechinara los dientes.

Cuando el sol se escondió por el oriente y la luna se colocó en el techo del mundo, fue cuando pararon, pero uno de los caballeros les informó que solo podían descansar por unas pocas horas, que debían llegar mañana mismo a Diez Forjaz y que eran órdenes del rey.

- Esto no tiene sentido - se quejó su madre cuando unos sirvientes les trajeron la cena - ¿porque de la nada tu padre decide hacer esto? y lo que más me molesta es que no nos ha contado sus motivos. Juro que lamentaré esto.

Las damas se rieron en silencio, su madre era una mujer de carácter fuerte y de un carisma arrollador, su padre en cambio, era un hombre alegre y jovial, pero muy severo cuando debía, un buen hombre. Un buen rey.

Luego de la cena, las cuatro mujeres decidieron que debían dormir lo que pudieran antes de que reanudaran aquel incómodo viaje hacia el norte. Maria a pesar de tener sueño no lograba dormirse, pero su madre y las doncellas se durmieron casi al instante. Entonces ella se quedó sola en la oscuridad, escuchando los ruidos del campamento, los hombres iban y venían, se escuchaban los cascos de los caballos cuando los movían de un lado al otro. Pudo escuchar las risas y conversaciones de los hombres que debían estar en esos momentos comiendo y bebiendo alrededor de las fogatas. Se imaginó a su padre sentado entre los hombres bebiendo y comiendo como cualquier hombre. Su padre siempre fue humilde.

Para su sorpresa alguien comenzó a cantar, pero no en su idioma, cantaba en un idioma que ella no reconocía, pero a aquella voz se sumaron decenas de voces más, hasta que fueron cientos de voces cantando en coro una melodía tan triste y calmada que Maria sin entender ni un palabra de aquella hermosa letra, sintió nostalgia y ganas de llorar. Aquella canción causó que sintiera los párpados muy pesados, aquella canción hizo que se durmiera, como si fuera una canción de cuna.

Se despertó asustada, pues fue un movimiento muy brusco del carruaje lo que la despertó de su sueño. Sus acompañantes ya se habían despertado hace mucho por lo que apreciaba. Vio por la ventana que el paisaje había cambiado, ahora se podía ver un hermoso bosque de pinos a la izquierda del camino y a la derecha se podía ver varias cabañas esparcidas que se amontonaban en pequeñas aldeas. Algunas personas salían de las cabañas para ver a la larga columna de jinetes y carros. La nieve seguía cubriéndolo todo, pero ahora el paisaje le parecía más cálido, no como el enorme desierto de nieve que habían cruzado.

- Despertaste al fin - le dijo su madre divertida- me sorprende que pudieras dormir hasta ahora, con el insoportable movimiento que hace este carruaje. Aunque ahora están menos apurados que antes.

Maria se levantó y rápidamente se lavó el rostro con agua y así despertarse completamente.

- Si, mejor deberías prepararte, estamos muy cerca del hogar de tu futuro esposo - su madre parecía estarse divirtiendo, mientras la miraba arreglarse.

Pasados unos minutos pudo ver a lo lejos los muros del castillo, para su sorpresa era un castillo enorme, con poderosas torres de piedra y altos muros. Cuando estuvo lo suficientemente cerca pudo notar que un puente se alzaba entre el castillo y ellos, un ancho riachuelo los separaba y más allá del puente pudo ver una rustica empalizada de madera y piedras tras la cual había un profundo foso que estaba lleno de agua congelada.

Los guardias de la empalizada se arrodillaron cuando la columna pasó por el puente y un enorme puente levadizo bajo para darles la bienvenida a un amplio patio de piedra. Maria estaba asombrada, su madre le había dicho que esas tierras eran pobres, pero ese castillo era inmenso y parecía estar en perfecto estado, como si lo hubieran terminado de construir al día anterior.

- Veo que este lugar sigue estando en perfecto estado - comentó la reina que miraba con admiración el patio, que estaba repleto de personas arrodilladas.

Pero no se detuvieron en ese patio, sino que pasaron por debajo de un enorme arco de piedra y entraron en otro patio por una elevación de piedra. Todas las personas estaban de rodillas para recibir a la familia real y su comitiva. Los soldados, todos con aspecto de ser veteranos y con armaduras de hierro y cuero cubiertos por capas de pieles. La mayoría de las personas eran soldados, y los que no lo eran también estaban armados con hachuelas que colgaban del cinturón o con largos cuchillos.

En ese patio los esperaba un enorme hombre con la cabeza perfectamente afeitada y cubierto por unas ropas de cuero negra y botas de cuero perfectamente lustradas, lo único que lo identificaba como el señor de aquel castillo era el broche de plata que decoraba su hombro con el emblema de su familia grabado en el, el broche colgaba de una gruesa capa de piel marrón pardo, seguramente de oso. La barba de aquel hombre era tan extremadamente larga que le llegaba hasta la cintura, pero estaba peinada en una larga trenza negra.

Su padre se bajó de su caballo y se acercó al carruaje, abrió la puerta él mismo y le tendió la mano a su madre, la reina bajó del carruaje, pero Maria pudo ver que su madre le dedicaba una mirada llena de reproche. Luego él ofreció la mano a ella. Cuando los tres estuvieron fuera del carruaje se acercaron a Lord Oscar.

Cuando estuvieron parados frente al hombre, Maria se sintió completamente intimidada, era inmenso, le sacaba una cabeza a su padre el cual era muy alto. Entonces se arrodillo.

- Es un placer recibirlo majestad - dijo el Lord.

- Por favor Lord Oscar, levántese - le dijo su padre poniendo una mano sobre el poderoso hombro del hombre - debe recordar a mi esposa, la reina Ana.

- Jamás olvidaré a mi reina - dijo el hombre mientras besaba la mano de su madre.

- Es un placer presentarle a mi hija la princesa Maria - le dijo su padre mientras la tomaba de la mano y hacía que se adelantara.

- El placer es mío princesa - dijo mientras tomaba su mano y se la besaba, el bigote del hombre hizo que le picara la mano.

Su padre parecía estar revisando el rostro de todos los presentes.

- ¿Y su sobrino? - preguntó su padre que dejaba ver su emoción - deseo conocer al hijo de Erik.

Lord Oscar sonrió con tristeza como si estuviera decepcionando al rey.

- Lo lamento majestad, pero mi sobrino no se encuentra en el castillo en este momento - dijo Lord Oscar mientras miraba rápidamente a la princesa.

- ¿Como?, que no esta, pero como puede ser, el debería estar aqui para recibir a su prometida y a su rey - pudo ver que la mirada de su padre se convertía, ya no estaba emocionado, parecía enojado - ¿dónde está Andros?.

El imponente señor se miró las manos y cuando volvió a mirarlos pudo ver que sus ojos eran de un azul muy intenso.

- Como le deben haber informado sufrimos el ataque de las tribus del norte - dijo con frialdad Lord Oscar - traspasaron la frontera hace dos días y mi sobrino lidera la lucha contra ellos, en estos momentos debe estar volviendo.

El rey se adelantó un paso y apuntó a la nariz del hombre con su dedo.

- Me estás diciendo que dos días antes de que conociera a su prometida lo enviaste a luchar contra el enemigo, ¿acaso estás loco? - su padre parecía estar muy furioso - si arruinas el matrimonio de mi hija porque alguien mate a su prometido, haré que pagues.

En ese momento Lord Oscar dejó escapar una potente carcajada, como si el rey le hubiera contado un chiste. El rey se mostraba muy contrariado por la actitud de su vasallo, Maria pudo notar cómo le latía la vena en la frente.

- ¿Qué te parece tan gracioso? - le preguntó su padre.

- Que mi sobrino jamás será derrotado por unos malditos salvajes.

Justo en ese momento se escuchó un poderoso cuerno de guerra que parecía estar muy cerca. Su padre se sobresaltó y miró en dirección al inmenso arco de piedra, parecía que la emoción había vuelto.

Maria se quedó sin palabras cuando una docena de jinetes entró por el arco, todos ellos vestidos con cotas de malla y armaduras de cuero y hierro. Pero todos con el rastro de la batalla en ellos, las manchas de sangre los cubría y sus caballos parecían haber cabalgado como nunca por el estado en el que se encontraban. Entonces uno de los jinetes se bajó de su caballo y se acercó a ellos, llevaba una capa de oso en la espalda y en su mano izquierda sostenía lo que parecía ser un bastón que estaba

incrustado por un rubí.

El jinete se arrodillo frente a ellos, la sangre se había congelado en su armadura y se escuchó como se quebraba con el movimiento. Apoyó el bastón en el suelo y se quitó el yelmo. Para sorpresa de Maria, el rostro de un joven apuesto se escondía debajo, sus cabellos largos y negros como la noche cayeron hasta sus hombros y una recta nariz, ojos verdes y una barba corta y muy prolija.

- Majestad - dijo jadeante - lamento no haber llegado antes que usted para darle la bienvenida que merecen. Pero es un honor poder declarar frente a usted que los invasores fueron aniquilados. Esto es para usted.

El joven le entregó el bastón con el rubí incrustado. Su padre sonriente tomo el bastón y lo examino.

- Pertenece al general enemigo majestad.

Su padre le entregó el bastón a Lord Oscar y levantó al joven por los hombros y para sorpresa de muchos lo abrazo, como si abrazara a un hijo. El joven clavó sus ojos en ella por primera vez, eran fríos y no expresaba nada, pero su rostro se mostraba muy sorprendido por lo que el rey había hecho.

- Dioses, eres idéntico a Erik, es como si lo tuviera enfrente mio nuevamente - dijo con una voz quebrada por la emoción - la última vez que te vi eras solo un bebe.

- Gracias majestad - dijo liberándose del abrazo del rey - pero lamento decirle que no tengo tiempo para hablar con usted sobre mi padre, tengo responsabilidades que debo atender en este momento, debo contar a mis caídos e informar a sus familias, si me disculpa.

El joven hizo una leve reverencia y se retiró seguido por los demás jinetes que habían llevado los caballos a los establos y ahora se dirigen a una puerta que se encontraba a la derecha del patio.

Su padre miró como se retiraba y pudo ver que lo miraba con cariño. Maria solo podía pensar en una cosa, su prometido era muy importante para su padre, pero por ningún motivo deseaba casarse con el.

Capítulo 3

Andros se encontraba sentado junto a la princesa Maria, en el banquete se había dispuesto todo para que la pareja fuera vista por todos. Pero Andros no podía disfrutar nada de aquel banquete, su mente, todo pensamiento que pasara por su cabeza, era acerca de la frontera. No lo había podido platicar con su tío, pero en el combate había perdido a cincuenta de sus hombres, muchos de ellos habían crecido con él, habían entrenado y comido con él cada día desde que había nacido. Pero parecía que todo aquello no importaba, solo importaba satisfacer los caprichos del rey y su familia.

La princesa Maria resultaba ser una mujer muy hermosa, eso era innegable. Pero Andros nunca había hablado con ella nunca, ni siquiera la había escuchado hablar desde que la conoció aquella mañana. Andros tenía la esperanza de que todo siguiera de esa manera, deseaba que el rey viera claramente lo que él podía ver en ese momento, que aquella princesa no estaba para nada interesada en él.

Había comido muy poco de lo que le habían ofrecido, la comida no era de su gusto, pues su tío había ordenado que se cocinara comida sureña, comida con mucho sabor para su gusto, un sabor muy exótico. Pero lo que si había ingerido con abundancia era el vino, la comida del sur era desagradable para él, pero su vino era magnífico.

Lo que más lamentaba Andros era que no había podido hablar con Helena desde que había vuelto, tampoco podía evitar buscarla por el salon, pero no estaba allí.

- Joven Andros - le dijo el rey de la nada, Andros reprimió el deseo de levantarse para retirarse y miró en dirección al rey - dime, ¿que opinas acerca de mi hija?.

La pregunta lo tomó por sorpresa, nuevamente tuvo que reprimir un deseo, pero esta vez no de levantarse, tuvo que reprimir el deseo de escupirle en la cara al rey. Vio como la princesa se movía en su asiento, parecía que ella tampoco se sentía cómoda con la actitud de su padre.

- Lamento decirlo majestad - le respondió lo más cortésmente posible Andros - pero no tengo ninguna opinión de una persona a la que aun no logro conocer completamente. Le pido que me pregunte cuando nos

conozcamos un poco más.

- Buena respuesta - dijo el rey entre risas - me recuerdas tanto a tu padre, el también hablaba con una cruda sinceridad.

Andros simplemente hizo un asentimiento y volvió a beber de su copa. Pasados unos momentos la princesa se dirigió por primera vez hacia el.

- Mi padre siempre lo compara con vuestro padre - le dijo con cordialidad - ¿como era él?.

El joven simplemente no supo qué decir, nunca nadie le había preguntado algo como eso. Todos en el castillo ya lo sabían. Bebió otro sorbo de vino y miró a la princesa.

- Lamento decir princesa que no tengo respuesta para su pregunta - le respondió pausadamente y en tono muy bajo, no quería que el rey y su tío los vieran hablar - mi padre murió cuando yo tenía dos años y lamentablemente nació cuando él estaba en la guerra. Nunca vi su rostro, todo lo que conozco de él me lo contaron aquellos que lo conocieron.

La princesa se mostró disgustada por la respuesta y le dirigió una sonrisa llena de un sentimiento de lastima.

- Por lo menos tuviste a tu madre, ¿verdad?.

Andros solo le dedico una sonrisa.

- No quiero darle lastima princesa, pero mi madre falleció cuando tenía cinco años, la única familia que tengo es mi tío y su familia.

El banquete continuó, los hombres bebían y comían, las damas se juntaban en pequeños círculos y platicaban entre ellas. Pero Andros seguía sentado allí a la vista de todos y la princesa se había levantado y se había reunido con dos doncellas que habían venido con ella. Aprovecho que el rey y su tío estaban distraídos para levantarse de la mesa y salir del salón por una de las puertas traseras.

El gran patio interior de castillo estaba completamente cubierto por una gruesa capa de nieve. La gran fuente que decoraba el centro del patio estaba completamente congelada y los árboles habían perdido hace mucho sus hojas. Camino por el patio hasta posicionarse frente a la fuente, se sentó en uno de los bancos y disfruto del frío, en ese salón hacía tal calor que sentía que iba a derretirse si se quedaba más tiempo allí. Pero a pesar de haber salido del castillo, había pasado por la cocina y su amigo Jean le había dado comida de verdad y una botella de su licor

favorito.

Abrió la botella de licor y lleno uno de los vasos de madera que le habían dado y lo bebió todo de un trago. Adoraba el ardor que le producía en todo el pecho y su sabor a frutos invernales. Luego abrió el paquete y vio allí una gran pieza de tarta rellena de jabalí y frutos secos, acompañada por una buena pieza de pan de centeno.

Estuvo un buen tiempo allí sentado en medio de la noche disfrutando de una auténtica comida del norte y del agradable frío invernal. Aún se podía escuchar los gritos que lanzaban los hombres borrachos en el salón y las inentendibles canciones que cantaban los bardos tan borrachos como se pudiera imaginar. Fue en ese momento que sintió una fría mano en su mejilla, el licor había logrado embriagarlo y había atontado sus sentidos.

- ¿Porque estas aquí fuera tan solo? - le preguntó aquella persona que reconoció al instante - pensé que estarías deleitando tus ojos con la hermosa princesa.

Andros dejó escapar una horrenda risa, no muy propia de él.

- Sabes que solo tú puedes deleitar mi vista - dijo el joven borracho y trabajando por no trabarse al hablar.

En ese momento la joven rodeo el banco y se paró frente a él. Vestía un vestido simple y de color violeta, se cubría del frío con una gruesa capa de pieles de zorro. Andros se quedó contemplando hipnotizado por su belleza.

- ¿No tienes frío? - le preguntó Helena mientras le tocaba la frente con una mano helada como el hielo.

Andros se percató de que no tenía puesto ningún abrigo, solo vestía sus ropas de gala, ropas de cuero que en comparación con las que usaban los hombres del sur, las suyas parecían más adecuadas para ir de cacería o entrenar.

- La verdad - dijo riendo - estoy tan ebrio que no me doy cuenta del frío.

Volvió a llenar su vaso con el licor y volvió a vaciarlo en su garganta, estaba tan borracho que el licor era tan fácil de beber como el agua.

- ¿Porque no viniste a verme cuando volviste? - le pregunto furiosa la joven, que había clavado sus ojos en él y parecía que pudieran salir relámpagos de ellos - estaba muy preocupada por ti, me enteré de que te hirieron, pero claro, siempre finges que eres invulnerable ante todo el

mundo.

El joven se sintió avergonzado por no haber ido a verla, sabía que debía haberlo hecho, la última vez que se había ausentado para luchar en la frontera una lanza de los salvajes se había clavado en su espalda en medio del combate y no habían llegado más noticias al castillo la única que llegó decía que lo habían matado en combate y que sus hombres en venganza se habían adentrado en los territorios norteños y arrasaban todo lo que se encontraban. Cuando había vuelto, con la herida ya curada y con la cabeza de una docena de grandes jefes de los salvajes su tío lo condecoró con el honor de que su estatua fuera colocada en el panteón de los señores de Diez Forjaz. Pero Helena lo único que hizo cuando estuvieron a solas fue llorar y golpearlo tantas veces que llegó a hacerle daño de verdad.

- Lo siento - fue lo único que pudo decir Andros - se que estuvo mal de mi parte no haberte dicho en persona de mi regreso, pero llegue en el peor momento y no tuve más opción que presentarme ante el rey. Puse la excusa de tener deberes con mis hombres para librarme de aquel hombre.

Helena no parecía estar satisfecha con aquella respuesta, sino que parecía estar aún más molesta por ello.

- No pienso aceptar tus disculpas - le recrimino la joven mientras se daba la vuelta - me prometiste que no te casarías con ella y en vez de cumplir tu promesa cumples con las expectativas del rey y te sientas junto ella en el banquete.

- ¿En serio crees que quería hacer eso? - le pregunto Andros dejando escapar una pequeña parte de su ira - no puedo simplemente acercarme al rey y decirle, "Gracias por la propuesta de su majestad, pero la verdad prefiero clavarme una lanza en llamas en el pecho que casarme con su amargada hija".

- No es así y lo sabes - le dijo tajante Helena - los dos sabemos que la voluntad del rey es absoluta en estos asuntos, y que la única manera de que él no te elija como consorte de su hija es que le demuestres que no serias un consorte competente. Pero no, lo que haces es aparecer como una héroe rodeado de gloria, que aniquila a cada ejército de salvajes que se le cruza con un solo golpe de su espada.

- ¡Helena! - grito Andros furioso por que la joven no lo escuchara - sabes que no es de esa forma, sabes que no soy nada parecido a un héroe, sabes muy bien lo que pienso de esto. Sabes que la única razón por la que lucho es para evitar que miles de inocentes mueran a manos de esos salvajes. No quiero gloria, no quiero tierras, mucho menos títulos, solo quiero proteger a nuestra gente. Y te dije muy claramente que llegue en

el peor de los momentos.

La joven se había quedado callada, pero no lo miraba, seguía dada vuelta, mirando la fuente. Andros al no recibir ninguna respuesta se levantó de su asiento y se acercó a ella, la abrazó colocando sus brazos en su cuello.

- ¿No te dije que te amaba a ti y solamente a ti? - le pregunto el joven, que espero a que Helena le asintiera - respondeme con la verdad, ¿alguna vez no cumplo con mi palabra?.

Helena negó con la cabeza, Andros no lo soporto mas y la dio vuelta, la sostuvo por los hombros y pudo ver que lloraba, las lágrimas se derramaban por su blanco rostro y sus ojos estaban colorados.

- ¿Por qué lloras?

- Por tu culpa es que lloro - le respondió con furia - cada vez que sales de estos muros es para arriesgar la vida, sales montado en tu caballo vestido con tu armadura y armado con tu lanza y espada, ¿quién sabe cuándo llegará el día en que no vuelvas?.

Andros se quedó callado y no supo qué responder, las razones de Helena estaban más que justificadas, los hombres de su familia no viven mucho tiempo, su padre era el mejor ejemplo posible, había muerto a una edad muy joven, tenía casi su edad el día en que cayó en la guerra.

Helena se soltó de él y se alejó por el patio, Andros no pudo seguirla, estaba muy mareado por su embriaguez. Se dejó caer en el asiento, tomó con sus manos un montón de nieve y se lo pasó por el rostro. Sirvió de mucho, se sentía mucho más despierto y atento que antes.

Miró en todas direcciones esperando ver a Helena volviendo a él, pero no vio a Helena, a la única persona que vio fue a la princesa Maria que estaba en la puerta que llevaba al interior del castillo. Andros la miró con desconfianza, ¿había escuchado algo de lo que habían hablado con Helena?.

Andros se levantó de su asiento y caminó en dirección a la puerta, la princesa se apartó cuando pasó, parecía estar aturdida, como si estuviera ebria. Andros le dedicó una mirada desafiante. Cuando se alejó dando largas zancadas por el pasillo pudo notar que la princesa salió al patio. Tendría que haberle preguntado si había visto algo, pero estaba más interesado en buscar a Helena, no podía dejar las cosas así.

Capítulo 4

Maria había estado caminando por los pasillos por un buen rato cuando llegó hasta aquel lugar.

El patio era verdaderamente hermoso, nunca habría imaginado que algo tan hermoso como ese lugar estuviera oculto en aquel enorme castillo que lo único que inspiraba era miedo. Los arbustos de rosas invernales llenaban el patio y unas hermosas flores azules los decoraban, En el centro de aquel patio pudo encontrar una enorme fuente de agua, la cual se había congelado en el aire.

Fue muy tarde para esconderse cuando vio a la pareja parada en frente de la fuente. Una joven pareja que se abrazaba, pudo ver al hombre que abrazaba a la mujer por la espalda. Esa escena era exactamente lo que se imaginaba cuando pensaba en el amor, ella deseaba algo igual a eso, que alguien que ella enserio amara la abrazara de esa manera y le dijera que solo la amaba a ella, como el joven acababa de decirle a su enamorada. Ese tipo de amor jamás lo conseguiría con alguien como su prometido. Sintió angustia al pensar que su padre la obligará a casarse con aquel hombre solo por el hecho de que ella necesitaba un consorte a su lado.

No quería aceptarlo, pero su padre tenía la razón cuando le decía que un hombre digno debía ser el consorte, un hombre que la pudiera proteger, no solo a ella, sino a su reclamación sobre el trono.

En ese preciso momento, cuando se había dejado llevar por sus pensamientos vio cómo la joven se alejaba dando grandes zancadas, pudo ver su rostro durante unos segundos, era hermosa, pero la mirada que le dirigió era de desprecio. Luego de que pasara junto a ella, se quedó mirando al joven que parecía estar muy angustiado. Vio como se dejaba caer en un banco y como con sus manos desnudas tomaba un montón de nieve y se lo pasaba por el rostro. Casi perdió el equilibrio cuando vio que se levantaba y se acercaba.

Maria se asustó, había estado espiando aquel momento de intimidad entre los amantes, algo que no era muy apropiado. Debía esconderse, pero no tuvo tiempo, el joven se acercó tan rápido que a duras penas pudo ver su rostro.

Era Andros, su prometido, el cual la fulminó con la mirada y por unos segundos tuvo el presentimiento de que estaba en peligro, pero Andros

simplemente pasó a su lado dando zancadas.

Camino hasta estar frente a la fuente y se sentó en el lugar que hasta unos instantes ocupaba su prometido. No podía creer lo que había visto, ese hombre ¿era de verdad su prometido?, el mismo que en todo momento estaba rodeado de sus hombres, el mismo hombre que la miraba con una frialdad tan profunda, que pareciera que en vez de ver a su prometida o a una personas estuviera viendo a una roca sin vida.

No importaba nada más que llegar a sus aposentos. Estaba cansada y confundida, había bebido demasiado vino y poco a poco comenzaba a perder el equilibrio. Cuando llegó hasta la puerta de su habitación apoyó la cabeza en ella. ¿De verdad esa persona que había visto en el patio era su prometido?

Entró en sus aposentos y rápidamente se dejó caer en su cama. La combinación del vino, la suavidad de las sábanas y el calor que provenía de la chimenea fueron suficientes para que al instante de tocar las sábanas y taparse con ellas, quedó suspendida en la nada y terminó durmiendo tan profundamente que sería imposible que cualquier cosa pudiera despertarla nuevamente.

Fue muy difícil para ella despertarse a la mañana siguiente. La resaca que tenía era insoportable y sentía un horrible sabor de boca. Se acercó a la mesa que estaba en medio de sus aposentos y con cuidado lleno de agua la fuente de plata que habían dejado sus sirvientes, se limpió el rostro y tomó unas hojas de menta para quitarse aquel mal sabor de boca.

Mientras se cepillaba el cabello pudo escuchar algo que hasta ese momento no había notado, era el ruido del metal chocando con metal. Cuando se acercó a las ventanas pudo ver que en el patio principal del castillo había decenas de hombres luchando. Se aterró al ver aquella escena, pero rápidamente se dio cuenta de que aquellos hombres estaban entrenando y se relajó. Se quedó allí parada junto a la ventana viendo como los hombres luchaban. Reconoció a su padre, que estaba vestido con una armadura de práctica y luchaba contra el señor Oscar, la batalla claramente era más favorable para su anfitrión, después de todo, su padre era mucho más bajo que él y el señor Oscar era un gigante con armadura.

Lo buscó con la mirada, pero no encontró a su prometido por ningún lado, lo cual la sorprendió. Lord Oscar había dicho durante el banquete que su sobrino entrenaba todos los días sin falta y que su habilidad con la espada era tan mortífera como se pudiera imaginar.

Cuando por fin se aburrió de ver a los hombres golpearse con acero, bajó hasta el gran salón, donde la esperaba su madre y las damas que habían viajado con ellas.

- ¿Dormiste bien? - le preguntó su madre cuando se sentó justo enfrente de ella.

- Si, gracias madre - le respondió mientras revisaba que podía comer - padre está entrenando en el patio - comentó mientras se llenaba una copa con agua fresca.

- Si, lo sé - le dijo algo molesta su madre - nunca lo hace cuando estamos en la capital, pero tenía la esperanza de entrenar con el joven Andros.

- ¿Por qué? - preguntó Maria - ¿no pudo entrenar con mi prometido?.

Su madre negó con la cabeza y siguió desayunando como si nada. Pero Maria tenía curiosidad.

- ¿Por qué mi prometido no entrenaría con el rey? - preguntó Maria mientras tomaba con su tenedor un huevo duro - todos lo consideran un honor.

Su madre la miró con curiosidad, parecía algo sorprendida de que su hija preguntara tanto por su prometido, porque hace unos días no mostraba ni el más mínimo interés.

- Tu prometido está herido - le comentó su madre - al parecer no le dijo a nadie cuando llegó, pero el médico le ordenó que no entrenará al menos por esta semana.

- ¿Herido? - dijo sin entender Maria - pero, si cuando llego estaba completamente bien.

Su madre dejó escapar un suspiro, como si su hija la estuviera molestando con aquellas preguntas.

- Maria, eres idéntica a tu padre, siempre con curiosidad por todo y todos los que te rodean - su madre luego de decir ello dejó escapar un suspiro - al parecer una flecha lo alcanzó en el hombro durante el combate, según escuche, cada vez que sale a luchar vuelve con una nueva herida. Como sea, si quieres verlo simplemente debes ir al patio interior, aquel en el cual está esa vieja fuente.

Cuando terminó de desayunar se dirigió al patio, a pesar de que estuviera ebria aquella noche podía recordar cómo llegar. Se quedó parada en el

mismo lugar que anoche y observó el patio.

- Joven Andros, debe hacer caso y descansar, nada de movimientos bruscos - gritó un hombre mayor que tendría más de cincuenta años.

- Deja de molestarme Jhon, ya entendí - le respondía un joven que estaba sentado en un banco.

- Siempre dices lo mismo, y al poco tiempo te encuentro peleando o entrenando con tus hombres - luego de decir ello el hombre se alejó en dirección opuesta a la que ella está y entró en la edificación que estaba en el otro extremo del patio.

Maria no sabía que hacer, había ido allí para ver a su prometido y ahora tenía la oportunidad de acercarse y hablar en privado con él, pero no podía levantar los pies del suelo.

- Si planeas quedarte parada allí yo me voy - dijo de la nada su prometido, el cual no le dirigía la mirada.

Se acercó hasta donde estaba su prometido y se quedó parada justo frente a él.

- ¿Qué necesita la princesa de mí? - le preguntó mientras miraba el suelo.

Maria lo observó, pudo ver que su camisa está abierta y que los vendajes estaban empapados en sangre, parecía ser que la herida era muy profunda.

- Solo quería saber como estabas - dijo la princesa mientras observaba la herida, no podía apartar la mirada del hombro de su prometido - mi madre me contó que estabas herido.

El joven que estaba mirando el suelo, levantó rápidamente la mirada y clavó sus ojos en ella, ya no eran los mismos ojos con los que la había mirado en su primer encuentro, ahora parecía que si la miraba como si fuera una persona. Pero pensar que esos eran ojos amigables era imposible.

- Lo lamento princesa pero a mí no me puede engañar - dijo claramente y con cierto aburrimiento en el tono - usted quiere hablar de lo que vio anoche, ¿verdad?.

Maria se quedó congelada, era cierto que quería hablar de lo que pasó aquella noche, pero también estaba preocupada por él, y más en ese

momento que podía ver lo grave que era la herida.

- Puedo ver que usted no se siente muy atraída a la idea de casarse conmigo - dijo mientras se levantaba de su asiento, Maria tuvo que levantar la mirada para poder verlo a los ojos, era mucho más alto de lo que ella imaginaba - y creo que se aliviara al escuchar que yo no siento ni el más mínimo deseo de ser su consorte.

- Entonces, la joven de la noche, ella es...

- No pienso hablar de ella con usted - dijo tajante el joven - pero debe quedarse tranquila, haré todo lo posible por convencer a su padre de que no soy el candidato correcto para ser su consorte.

Luego de decir eso se alejó en la misma dirección que el hombre mayor y entró por la misma puerta.

Capítulo 5

Había pasado ya una semana desde que el rey era su invitado, y Andros había comenzado a desarrollar un cierto cariño por el rey. A pesar de que intentaba alejarse de la idea de ser el consorte de la futura reina, no podía evitar que el rey se fuera acercando cada vez más a él.

- Andros, quiero que me digas la verdad, ¿que opinas de esto? - le dijo el rey cuando estuvieron solos en la biblioteca del castillo, le entregó una carta.

Leyó atentamente la carta y sintió cierto nerviosismo, el rey parecía estar interesado en saber su opinión de muchos asuntos de gobierno que le llegaban por medio de las cartas.

La carta hablaba de unos problemas que se estaba teniendo con los mariscales de las marcas occidentales. Al parecer se estaban negando a pagar sus deudas con la corona.

- Es un asunto muy delicado a mi parecer - fue lo que dijo finalmente - los mariscales occidentales se encargan de defender una de las fronteras, no creo que sea muy bueno presionar, tienen demasiado poder e influencia.

El rey asintió mientras apoyaba su cabeza en su mano.

- Tienes toda la razón - declara, lo miró fijamente y preguntó - ¿qué propones que haga?.

Andros sabía muy bien cuales eran las intenciones del rey, buscaba pruebas de que él sería el más indicado para atender esa clase de asuntos que involucran no solo a la política sino también a lo militar. Debía decir la respuesta equivocada.

- No estoy seguro - dijo Andros - es un asunto muy peligroso, pero trataría de evitar todo lo posible el conflicto con ellos, lo que menos necesitamos es un conflicto interno.

- Es curioso lo que dices - dijo sonriendo el rey - en el poco tiempo que llevo aquí he logrado descifrar al joven Andros, estoy mas que seguro de

que esa no es la solución que crees más conveniente para este asunto.

Andros se quedó sorprendido por lo que el rey había dicho y se dio cuenta de que lo había subestimado.

- Quiero que me digas la verdad, si fueras el rey, ¿que harías con estos mariscales?.

Andros dejó escapar un gruñido y suspiro.

- Atacaría tan rápido y con tanta fuerza que no tendrían tiempo de prepararse, mataría hasta al último de los mariscales y sus familias - declaró con firmeza - no están dispuestos a pagar y amenazan con tomar las armas, deben ser castigados, y ser reemplazados por hombres más dignos.

El rey en ese momento se levantó de su asiento y se acercó a él.

- Trataste de engañarme, ¿verdad?

Andros simplemente asintió, ya no tenía sentido intentar engañar al rey, pues parecía que era imposible ganarle en astucia.

- Dime, ¿porque intentas engañar a tu rey? - el rey parecía estar en trance pues estaba parado a su izquierda y lo miraba fijamente, era como tener a una bestia respirandole en el cuello.

- Porque no quiero ser el consorte de su hija - le respondió por la enorme presión que sentía en ese momento.

El ambiente parecía haberse congelado, como si el rey que hasta ese momento era tan amable con él se hubiera convertido en un monstruo que pudiera matarlo en ese momento sin que pudiera hacer nada.

- Pues debes cambiar de parecer - dijo con una voz gélida - porque eres el único que cumple con mis expectativas, durante años, desde que nació mi hija he estado estudiando tu progreso, buscando que mostraras que eras igual a tu padre y por lo que veo eres mucho mejor que él, lo has superado en todos los aspectos.

Andros se quedó sin palabra, nunca nadie lo había comparado con su padre de esa forma, su tío hablaba de su padre como si se tratara de alguien inalcanzable, alguien que nadie podría superar jamás.

- ¿Por que yo? - le preguntó al rey - que mi padre fuera el hombre que fue no justifica que usted me elija a mi como consorte de su hija.

- Andros, cuando vine aquí fue para ver la clase de hombre en el que te habías convertido - le dijo mientras se alejaba de él y se sentaba nuevamente en su asiento - y puedo ver que si no te eligiera para ser el consorte de mi hija sería un gran idiota. No busco un político o un comerciante, no busco a un príncipe, no busco a un rey, lo que necesito para mi hija es un soldado y tu eres el mejor soldado que he visto desde tu padre.

- Majestad, yo no puedo ser el consorte de su hija, no puedo dejar mi tierra, sin mí, esta frontera estaría en peligro.

El rey lo miró con curiosidad.

- Para eso tengo a tu tío y a sus hijos - declaró el rey sonriente - tú eres un fuerte pilar en la defensa de estas tierras, pero si realmente deseas ayudar a estas tierras y a su gente, ¿no te convendría ser el hombre más poderoso del reino?.

Andros no supo qué responder, si él le decía que no deseaba ser el consorte porque solo quería vivir su vida con Helena podría llegar a poner la vida de la mujer que amaba en peligro. El rey parecía ser impredecible.

- Está decidido - declaró antes de que él pudiera decir nada - en unos días volveremos a la capital, y tú, vendrás con nosotros. Vendrás a vivir a la capital, estarás en la corte y cuando llegue el momento te casarás con mi hija, si tengo que obligarte lo haré.

Andros simplemente se dejó caer en el asiento que tenía libre y se dejó llevar por la melancolía. Quedó allí sentado solo en la biblioteca de su familia. Pensando en qué le diría a Helena, imaginando cuál sería su reacción, sintió que algo en su interior se había roto en aquel preciso momento.

Doblegado por la voluntad de su rey se preparó para partir en los días siguientes. La noticia de que se iría al sur se esparció tan rápido que no tuvo el tiempo de buscar a Helena para contarle su versión de la historia. Fue por eso, que cuando llegó el día de que partieran solo pudo hacer una cosa, dejar una carta a su amigo Jean, que era el único en el que confiaba para que le diera esa carta a Helena.

El no haber podido explicarle las cosas a Helena y tampoco el poder despedirse, hicieron que la melancolía de dejar su hogar fuera mucho peor de lo que hubiera imaginado, podía ser que esta vez se fuera para no volver nunca.

Capítulo 6

Habían abandonado el castillo esa mañana y el viaje parecía que fuera más corto, como si estuvieran bajando una pendiente. Pero a diferencia del viaje de ida, el viaje de vuelta se sentía diferente, y la razón de que eso pasara eran los nuevos miembros del grupo. Veinte hombres de Diez Forjaz se unieron a su grupo para escoltar a su prometido, el cual viajaba montado junto al rey.

Su padre había decidido que lo llevaría a la capital, para que viviera en la corte y pudieran casarse cuando llegara el momento. No le sorprendió a Maria que su prometido se mostrara frío y distante con todos. Ella ahora entendía más a Andros, era una persona más complicada de entender de lo que había creído en su primer encuentro. A pesar de que le había mostrado que él podía amar, amar tanto que estaría dispuesto a renunciar a ser el hombre más poderoso del reino, ella seguía odiando la idea de casarse con él.

Lo que si la sorprendía era que ahora su padre no se mostraba feliz o emocionado, parecía estar enojado y se podía notar a simple vista de que estaba enojado con Andros, pues no le dirigía la palabra desde que habían partido, ni siquiera le hablaba. Maria se sentía aliviada por ello, pues significaba que había una posibilidad de que su padre decidiera rechazar a Andros y liberar a Maria de aquel matrimonio.

- ¿Qué piensas de tu prometido? - le preguntó su madre cuando la vio mirando a Andros.

- No me agrada - declaró con fastidio Maria - me parece un hombre aburrido y cruel.

- ¿Cruel? - preguntó abrumada su madre - ¿en qué momento demostró ser cruel?.

Maria simplemente se quedó callada, en la semana que había estado en aquel castillo Andros había demostrado ser un buen hombre, dijo sin pensar que era cruel, pues esa era la primera palabra que le venía a la mente cuando veía un rostro como el de Andros.

- Maria - dijo preocupada su madre - si él te ha hecho algo debes decirlo, tu padre lo castigará como es merecido.

Maria negó rápidamente con la cabeza.

- No madre, él nunca me ha hecho nada, ni siquiera me ha tocado un cabello, a penas si me mira.

- El joven es un soldado Maria, no es un caballero de blanca armadura, como los que aparecen en los cuentos que tanto te gustan - declaró su madre mirándola severamente - si supieras cómo fue criado tal vez entenderías mejor a tu prometido.

Maria se molestó con su madre por decir esas cosas, no le importaba en lo más mínimo como había sido criado su prometido, solo quería evitar que se volviera su consorte.

- Maria, yo no te crié para que actúes de esa manera, diciendo sin prueba alguna que alguien es cruel, las personas solo deben ser juzgadas por sus acciones, nunca por su familia, su sangre o cualquier otra cosa.

- Ya lo se madre, pero, simplemente no me agrada, no quiero casarme con él.

- Estas siendo egoista - sentenció la reina - no se trata solo de ti, el reino depende de quien sea tu consorte y yo creo que estas muy consciente de ello.

No volvieron a hablar durante el resto del día, su madre parecía haberse molestado mucho más de lo que se podía ver a simple vista.

Cuando llegó la noche su padre ordenó que se preparara el campamento, lo cual causó que todo se convirtiera en ruido y movimiento. Habían establecido el campamento en el costado del camino con el bosque a su espalda.

Maria había decidido salir del carro y dar un paseo por el campamento, pues no soportaba estar allí con el mal humor de su madre y el peligro de que tuviera que escuchar algún discurso de su parte. El campamento se había organizado en diez enormes tiendas de campaña, en las cuales dormirían los sirvientes y los caballeros, los carros se usaron para rodear el campamento y marcar el perímetro. Decenas de antorchas iluminaban todo el lugar, lo cual le permitió ver que muchos de los caballeros recorrían el campamento vigilando todo movimiento.

- ¿Qué hace aquí afuera princesa? - escuchó a su espalda Maria, se dio la vuelta para encontrarse cara a cara con Andros, el cual parecía estar caminando solo por el campamento igual que ella.

- Eso no te importa - le dijo María molesta, lo que menos necesitaba en ese momento era estar cerca de él.

- Puede hacer lo que quiera - declaró cortante Andros - pero tenga cuidado, estos caminos no están siendo vigilados por los nobles del norte, son demasiado inhóspitos.

Maria se sintió asqueada.

- Estoy en un campamento, rodeada de cientos de los mejores caballeros del reino, todos dispuestos a dar su vida por mi, no corro ningún riesgo - le reprendió Maria a su prometido - así que deja de molestarme.

Fue un movimiento tan rápido que Maria se quedó sin aliento, Andros había desenvainado su espada y la había colocado en el pecho de Maria.

- Esta es la primera lección que te daré y espero que sea la última - declaró Andros con un tono descarado y lleno de reproche - si fuera un enemigo, ya estarías muerta y esos nobles caballeros, no podría haber hecho nada.

Luego de decir esto, guardó su espada en su vaina con un movimiento rápido y elegante.

- ¿Cómo puedes atreverte a hacerme eso? - le preguntó Maria tan enojada que ya no podía controlarse - soy la princesa, un miembro de la familia real, si quisiera podría ordenar que te corten la cabeza por el simple hecho de desenvainar tu espada en mi presencia.

Andros sonrió, dejando ver unos dientes blancos como la nieve. Ver esa sonrisa solo causó que Maria se sintiera aun mas molesta con el.

- ¿Te parece gracioso?.

- Ahora entiendo todo.

- ¿Qué es lo que entiende?.

- El porqué su padre está tan desesperado por conseguir un consorte como yo - dijo Andros riendo.

- Dime, ¿por qué dices eso?

Andros simplemente le dedico una sonrisa llena de lástima, como si pensara que ella era estúpida por no entender de lo que hablaba.

- Porque en este momento me ha demostrado que no tiene el temperamento para gobernar como es debido, y también, me ha demostrado que es muy incrédula, al pensar que el simple hecho de estar

rodeada de caballeros significa estar a salvo.

Maria se quedó sin palabras y miró el suelo, no podía ver el rostro de aquel hombre, pues era como ver el sol, era insoportable, hacía que le dolieran los ojos.

- El rey - continuó Andros - no confía en que pueda gobernar sola, cree que solo un consorte fuerte será capaz de compensar sus fallas princesa.

- ¿Y que? - dijo Maria mirándolo a los ojos - ¿quieres que te felicite por descubrirlo?.

- No - le respondió al instante - lo que quiero es que entienda que solo usted puede convencer a su padre de que no necesita un consorte, que es sólo usted la que puede demostrarle que yo no soy necesario. Intento hacerle entender lo que tiene que cambiar de su persona para ser el tipo de gobernante que el rey desea que lo reemplace cuando llegue el momento.

Luego de decir esto, el joven se retiró, caminando por el campamento y se perdió de vista al entrar en una de las tiendas.

Maria se quedó parada allí, el muy maldito de Andros literalmente le había dicho que todo dependía de ella, que era ella y solo ella la que debía encargarse de evitar el matrimonio entre ellos.

Sin poder cambiar nada de lo que pasaba por su cabeza, decidió que lo mejor sería ir al carruaje y olvidar todo con la almohada. Pero cuando llegó encontró a su padre discutiendo con su madre, era muy común encontrarlos discutir, eran como agua y aceite. Pero, había una diferencia en ese momento, lo que era normal era encontrar a su madre enfadada y castigando a su padre con varias frases hirientes, pero en ese momento era lo contrario, era su padre el que se mostraba enojado.

- Estoy harto de esto - le gritó a su madre - siempre es lo mismo, pareciera que nada de lo que hago fuera bueno para ustedes.

- Sabes muy bien que no estás siendo justo con nosotras..

- ¿Que no estoy siendo justo? - preguntó su padre muy alterado - no importa lo que haga, siempre le encuentras un fallo, quiero que nuestra hija esté a salvo cuando abandone este mundo y pareciera que soy un tirano por eso.

- Nunca digas que eres un tirano - dijo sollozando su madre - eres el mejor hombre que he conocido, solo no quiero que crees planes a mis espaldas, planes que son tan complicados y difíciles de entender que jamás podre ayudarte, odio que hagas planes que preparen al mundo para

cuando llegue el momento en que nos abandones.

- No te atrevas a llorar, sabes que me destroza que llores frente a mí - dijo su padre con una voz suave y tierna - solo quiero que Maria esté a salvo.

Maria se sintió terrible por lo que significaba aquel matrimonio para su padre y como ella deseaba tanto destruir sus planes.

- ¿Podrías al menos considerar anular este matrimonio? - preguntó suplicante su madre - me gustaría que Maria enserio pudiera casarse con alguien a quien ame.

Su padre no respondió, simplemente se fue caminando en dirección a las tiendas.

- Gracias - susurro su madre, pues a pesar de que su padre no había dicho nada, Maria supuso que había hecho un gesto de aprobación ante la súplica de su madre.

Capítulo 7

Mientras avanzaban en su viaje hacia el sur, más calor sentía Andros. Había crecido en una tierra en la que siempre, incluso en el verano, hacía frío, el frío que tanto adoraba había quedado atrás, junto con su hogar y su familia. Mientras que él se sentía cada vez más incómodo con el calor, el rey y su séquito se sentía cada vez más a gusto con ese clima horrible.

El sur era muy diferente a su norte natal, había mucha más gente y las tierras que podía ver en el viaje eran mucho más verdes y llenas de vida. En gran parte de los caminos se podía ver grandes superficies de tierras que estaban cultivadas con tanta comida que serviría para alimentar a cien veces la gente que vivía en todo el norte. Eso lo hizo sentir un profundo desprecio por las gentes del sur, pues su gente podía mantenerse por muy poco, sus tierras eran pobres y los del sur tenían tanto, tenían tanto y no ayudaban a sus compatriotas del norte, ni un solo grano de trigo de los que eran cultivados en esos campos llegaría al norte. Mientras que los del sur tenían tanta comida que podrían alimentar a varias naciones, los del norte seguirán pasando hambre y siendo diezmados por los ataques de los clanes.

El rey tenía razón, si él se convirtiera en el consorte, tendría el poder de ayudar a los del norte a prosperar y aliviar su carga. Se dio cuenta también de lo egoísta que era la idea de abandonar la posibilidad de ayudar a su gente por amor.

- ¿Qué ocurre Andros? - le preguntó el rey que en ese momento cabalgaba a su lado - ¿te has dado cuenta de algo?.

Andros se quedó petrificado al escuchar al rey, acaso el rey, ¿era capaz de leer la mente de los demás?.

- No sé de qué está hablando - le respondió Andros lo más calmado que pudo - solo no soporto este terrible calor.

El rey dejó escapar una risa, pero no era una risa alegre, era como si estuviera cargada de melancolía.

- No me creerás - dijo plácidamente el rey - pero esas son las mismas palabras que me dijo tu padre cuando lo traje al sur a luchar, no soportaba el calor.

- ¿Apreciaba mucho a mi padre? - preguntó sin darse cuenta, intentó

disculparse, pero el rey no le dio tiempo.

- Tu padre, podría decir, fue mi único amigo verdadero - le dijo mirándolo a los ojos - por eso nos juramos que si alguno de los dos moría en la guerra, el otro se encargaría de proteger a la familia del otro.

El rey se quedó callado, Andros no sabía que decir, simplemente lo sorprendió todo lo que le decía el rey.

- Lamento no haber cumplido con mi promesa - continuó el rey luego de unos momentos de silencio incómodo - y no solo no cumplí con mi promesa, también fui el responsable de que muriera.

- No conocí a mi padre - dijo rápidamente Andros y vio que esas palabras causaron daño en su interlocutor y rápidamente agregó - pero me han contado mucho de él, y puedo estar seguro de que él no pensaría lo mismo que usted.

El rey le lanzó una sonrisa en forma de agradecimiento y colocó su mano derecha en su hombro izquierdo.

- Eres muy amable Andros - dijo y quitó su mano del hombro de Andros - pero los dos sabemos que el único responsable de las muertes de los soldados en una batalla es el comandante.

Luego de ello, el rey no volvió a hablar. Simplemente montaba en su caballo junto a él y daba órdenes a algún que otro caballero que venía a informar sobre alguna situación que se presentará. Pero el rey no volvió a dirigirle la palabra, lo cual lo hizo sentir mal, pues parecía que por fin había olvidado lo que había pasado en su anterior conversación en el castillo.

- Descansaremos en aquella colina - ordenó el rey a sus caballeros, los cuales cabalgaron por toda la columna de carros para anunciar la orden del rey.

Como en las veces anteriores se organizó el campamento, las diez tiendas de campaña y las carretas rodeándolas formando un perímetro de vigilancia.

Andros ayudó a sus hombres a levantar la tienda en la que dormirían. En total eran veinte los hombres que habían sido enviados como su escolta y serán los que se quedarían con él en la capital para formar su guardia personal. Fue esa la razón por la cual eligió a los jóvenes que no tenían esposas en el norte, no quería hacerle a ellos lo que el rey le estaba haciendo a él. Podía parecer un poco patético para muchos, pero Andros no soportaba separar a las familias y amantes. Pero no por eso eligió a cualquiera, los hombres que habían partido con él eran unos de los

mejores que había en todo el norte, todos ellos habían participado en sus campañas de defensa y se habían probado en el campo de batalla. Si Andros podía estar orgulloso de algo, eso era de la destreza que tenían sus hombres en el campo de batalla.

- Mi señor - se dirigió a él uno de sus hombres - ¿desea comer ahora?. ¿O prefiere comer con el rey?.

- Sabes muy bien que puedes llamarme por mi nombre cuando estamos en privado - le dijo asqueado Andros, esos hombres eran sus hermanos de armas, no soldados de los que esperaba que le lamieran la botas.

- Lo siento mi señor - dijo nuevamente el hombre.

Andros le dirigió una mirada asesina, por lo cual el joven tembló de pies a cabeza.

- Basta ya Austin - le ordenó Andros - si realmente quieres que no te castigue, llámame por mi nombre.

El joven asintió con clara vergüenza por lo que le decía Andros.

- Comamos - ordenó a sus hombres, que en ese momento lo miraron sonrientes - quiero comer comida de verdad y beber alcohol de verdad.

Sus hombres se rieron y comenzaron a preparar la cena para todos. Andros se sentó en uno de los bancos que estaban alrededor de la otomana que le había regalado el carpintero de Las Diez Forjaz antes de su partida. Era una mesa de patas cortas y muy hermosa, fácil de llevar y perfecta para los campamentos como ese.

- Aquí tienes Andros - le dijo uno de sus hombres mientras le entregaba un vaso de madera en el que había cerveza.

- Gracias.

Bebió tranquilamente la cerveza y disfruto de la paz que le ofrecía ese ambiente que le recordaba tanto a su hogar.

Pero esa paz no duraría, era como si ya lo supiera, como si por algún motivo supiera que no podría estar en paz. En la entrada de la entrada se presentó a reina, lo cual enserio lo dejo sin palabras.

- Majestad - dijo rápidamente Andros levantándose y se acercó hasta la entrada de la tienda, en el exterior ya era de noche - ¿en que puedo ayudarla?.

- Joven Andros, necesito hablar con usted - le dijo la reina e hizo un gesto para que la siguiera.

Caminaron por el campamento hasta llegar a uno de los extremos, donde un carro estaba estacionado. Unos caballeros que estaban allí haciendo guardia los vieron llegar y se retiraron, como si estuvieran esperando que ellos llegaran allí para hablar en privado.

- Lamento haberlo interrumpido cuando estaba a punto de cenar - se disculpó la reina mirándolo a los ojos.

- Majestad usted no debe disculparse por algo tan trivial.

La reina le dedicó una sonrisa amable y entonces le habló.

- Se que usted no estaba de acuerdo con venir al sur con nosotros.

- Majestad - la interrumpió - eso no es verdad, es todo un honor para mi.

La reina se rió.

- Por favor, joven Andros, el rey me contó todo sobre usted, no debe mentir en frente de mi.

Andros se quedó sin palabras y no pudo hacer otra cosa que callarse y escuchar lo que la reina tenía que decirle.

- Usted vino con nosotros por la voluntad de mi esposo - dijo la reina y sutilmente sacó algo de debajo de su capa - quiero que me diga verdad, ¿usted no desea casarse con mi hija? Verdad.

Andros simplemente asintió y vio como la reina apretaba algo entre sus manos.

- Bien, sus razones debe tener, pero me gustaría pedirle que siga con esta farsa por un tiempo más - fue lo que dijo la reina y le extendió una de sus manos, parecía que quería entregarle algo.

Andros le extendió una de sus manos y la reina le colocó en su mano un pergamino muy pequeño.

- No lo lea ahora - le dijo rápidamente cuando vio que Andros planeaba leerlo allí mismo - es algo privado.

- Entiendo mi reina - le respondió respetuosamente - pero no entiendo

que es lo que quiere de mí.

La reina parecía estar nerviosa, pero también lo escondía muy bien pues podría engañar a cualquiera, cualquiera que no fuera él.

- Como bien sabes, mi esposo quiere que el consorte de mi hija sea un hombre fuerte, un hombre que pueda defender los intereses de la corona y asegurar el gobierno de nuestra hija.

Tomo aire y exhalo lentamente, miró en todas direcciones, como si quisiera cerciorarse de que nadie estuviera cerca.

- Pero yo no quiero que ella se case con cualquiera, me gustaría que al menos fuera alguien que pudiera amarla y alguien a quien ella pueda amar - parecía que era vergonzoso para ella decirlo pues sus mejillas se tornaron rojas - se que son los delirios de una madre, pero usted puede alejar a los pretendientes que solo ven una posición al casarse con mi hija.

Andros no pudo evitar sonreír, sonreía como si estuviera viendo algo que enserio lo alegrará.

- Esa sonrisa sí es encantadora joven Andros - le dijo sonriente la reina - debería sonreír más como la hace en este momento, estoy segura de que así sería más amado por los demás.

- Le agradezco el cumplido majestad - le respondió un poco avergonzado - pero nunca he tenido muchos motivos para sonreír de verdad, además me han criado para no dejar ver mis emociones, no es adecuado para un comandante.

- Es triste pensar que un joven como usted debe llevar una vida como esa - declaró la reina con una clara sonrisa de lástima en el rostro.

Andros comenzaba a cansarse de que lo miraran de esa manera, sentía que su vida era una tragedia, como si el único impacto que generará en los demás fuera el de dar lastima.

- Entiendo lo que busca - le comentó a la reina - usted quiere que con mi aura intimidante espante a las basuras que pretendes a su hija hasta que ella encuentre a alguien a quien ella desee desposar.

La mujer asintió con gran satisfacción.

- Pero también quiero algo a cambio.

Los ojos de la mujer se abrieron como platos, como si no esperara bajo

ninguna circunstancia que él pudiera exigirle algo a ella.

- ¿Qué es lo que usted puede desear de mi? - le pregunto con un claro tono de desconfianza.

- No debe preocuparse mi reina - dijo sonriente Andros - es una tontería comparado con lo que usted me está pidiendo.

Capítulo 8

Después de semanas desde que habían partido de la capital, estaban de vuelta. El camino en los últimos días se había vuelto mucho más placentero, pues habían llegado hasta el punto donde el país volvió a ser la gran potencia que era. Campos completos llenos de cultivos, pueblos enormes llenos de comercio y personas que prosperaron, ciudades llenas de miles de personas que gozaban de la gran prosperidad económica que estaban viviendo en esos momentos.

La música, las artes, y todo lo que era bello en el mundo crecía y se esparcía por todos lados. Ese era el país que su padre había creado luego de años de guerras. El país que ella heredara.

A lo lejos ya se podía ver la capital, sus inmensas murallas y la enorme edificación de la colina real ya se podía ver desde la distancia.

- Que bueno es volver - dijo su madre cuando pudieron ver la ciudad a lo lejos.

- Es verdad - le comentó Maria - ya estoy harta de los caminos y no dormir en mi propia cama.

Su madre parecía haber olvidado completamente la discusión que habían tenido y el resto del viaje fue muy pacífico, pero lo que si continuó haciéndolo un viaje complicado fue la presencia de Andros.

En los días después de que la amenazara con su espada y llamara a eso como una lección, Andros había comenzado a actuar un poco diferente a como lo hacía antes. Parecía que cada vez era más amable con ella, lo cual la hacía sentir desconfianza de él, pues no tenía sentido que cambiara tan rápido su actitud hacia ella.

- El joven Andros parece estar impresionado - comentó la reina mientras miraba por la ventana - se nota a simple vista que nunca ha visto nada parecido.

- Mi reina - dijo uno de los caballeros que se asomo por la ventana - debo informarle que estén preparadas, pronto llegaremos.

- Lo sabemos, muchas gracias.

Cuando estuvieron frente a la puerta de la ciudad, los esperaba un recibimiento real. Los ciudadanos de la capital habían despejado la calle principal de la ciudad y la guardia de la ciudad formaba dos cordones de

protección para que pasara el grupo del rey.

Maria pudo ver por la ventana como Andros miraba en todas las direcciones y mantenía una de sus manos sobre la empuñadura de su espada. Parecía estar muy exaltado por la cantidad de personas. Su padre que estaba en ese momento al frente de la columna, saludaba con su mano a los ciudadanos y sonreía con gracia.

Pasados unos minutos llegaron al centro de la ciudad, donde los comercios mostraban estar llenos de movimiento y vida. En el centro se erguía una estatua imponente de un antiguo rey, olvidado en el tiempo. Siguieron recorriendo la ciudad, hasta que estuvieron frente a las puertas de la fortaleza real, lugar desde donde gobernaba el rey y su corte. Las puertas los esperaban abiertas y el puente que estaba detrás se encontraba despejado para que pasaran los carros. La enorme zanja que estaba debajo del puente estaba repleta de enormes troncos afilados, incluso se podía llegar a ver huesos humanos si se observa con más atención. El muro que estaba del otro lado del puente era más alto que el primero y sus torres eran inmensas. Aquella fortaleza era la más imponente de todas las que se pudieran encontrar en todo el reino.

El patio principal estaba repleto de soldados y caballeros que los esperaban con los estandartes reales en lo alto. Varios miembros de la corte los esperaban en la escalera que daba a la entrada del palacio real. El patio se llenó de movimiento conforme iban entrando los caballeros y los carros llenos de sirvientes y el equipaje de todos.

Cuando bajó del carruaje junto con su madre, pudo ver como varios de los caballeros más veteranos de su padre se acercaban a Andros y lo saludaban, formando un enorme círculo a su alrededor. No entendía el porqué de aquella escena, pero hubo otra cosa que le llamó aún más la atención, vio como Thomas, uno de los hombres de mayor confianza de su madre se acercaba a Andros, cuando la multitud de caballeros se había ido, vio como Andros le entregaba lo que parecía ser un pergamino y como Thomas se perdía entre la multitud de personas y salía de la fortaleza en dirección a la ciudad.

- ¿Qué ocurre Maria, te pasa algo? - le preguntó su madre en ese momento, Maria no se dejó engañar, su madre había visto lo mismo que ella y seguramente ella era la que estaba detrás de todo.

- Nada madre, simplemente me alegra haber vuelto a nuestro hogar - su madre le sonrió, Maria sabía muy bien que no debía meterse en aquel asunto, conocía muy bien a su madre, sus motivos debía tener para lo que fuera que estuviera tramando.

Cuando subieron las escaleras que llevaban al palacio, su padre iba al frente junto con su madre, que lo tomaba del brazo, luego los seguía ella

con sus doncellas junto detrás y finalmente entraron Andros, que era acompañado por sus guardias. Que para sorpresa de Maria, vestian cotas de malla nuevas, armaduras de cuero negro y unas hermosas capas de color gris verduzco. Parece ser que su padre había preparado todo, para que se presentarán ante la corte de una manera más impresionante. Pero Andros, seguia vestido de la misma manera, llevaba ropas de cueron negro, un sinturon con ebilla de plata, un collar que parecia estar decorado con un tallado de madera y una larga capa echa de pieles de lobo. Parecía uno de los bárbaros de los cuentos que su madre solía contarle antes de dormir. Sus cabellos le caían por los costados hasta los hombros y su barba seguía perfectamente recortada.

Cuando entraron por la puerta principal fueron recibidos por docenas de cortesanos y cortesananas que parecían estar muy sorprendidos por aquellos hombres del norte, que a comparación de todos lo visto eran una rareza exótica para ellos.

- Sea bienvenido majestad - dijo el portavoz real cuando estuvieron todos dentro rodeados por los cortesanos - nos alegra verlo regresar sano y salvo.

- Gracias por la bienvenida - anuncio a todos los presentes su padre - quiero que todos conozcan al nuevo miembro de la corte, es el prometido de mi amada hija, Andros Whitewood, adelante Andros, quiero que todos te conozcan.

Maria vio en ese momento como su prometido se adelantaba a todos los demás y se colocaba a la derecha del rey, vio como su padre lo tomaba por el hombro y como uno por uno los miembros del concejo y la corte se acercaban a presentarle respetos al futuro consorte real. Vio que muchas de las mujeres de la corte miraban a Andros, lo miraban como si nunca hubieran visto nada parecido, como si fuera una auténtica rareza. Su prometido era atractivo, eso jamás lo negaría, pero cuando llegan a conocer como era por dentro, Maria dudaba de que las miradas fueran las mismas que en ese momento.

- Majestad - se acercó a su padre el portavoz - le informo que hemos preparado un banquete para su bienvenida, espero que sea de su agrado.

- Por supuesto que sí amigo mío - le dijo sonriente su padre al portavoz real.

Cuando se terminó el momento de las formalidades, Maria decidió irse a sus aposentos, necesitaba descansar en su propia cama y más si les esperaba un banquete en la noche. Mientras caminaba por los hermosos pasillos del palacio escuchó una voz conocida, cuando dio media vuelta

para ver de quien se trataba se encontró cara a cara con Elias.

- Maria es un placer verte de nuevo - le dijo este, que sostenía una enorme pila de libros.

- Es bueno volver al fin - le dijo mientras tomaba algunos libros - ¿mucho trabajo en la biblioteca?

- Si, el maestro Hector está como loco - le dijo mientras caminaban en dirección a la biblioteca.

Maria siempre se había llevado bien con Elias, era el ayudante del maestro y lo ayudaba a organizar la biblioteca del palacio.

- Estos libros son muy pesados - le comentó María - ¿de dónde los sacaste?

- De hecho estos libros los trajo tu prometido - le respondió sonriente - lo conocí, es un buen hombre, se ofreció a ayudarme el mismo.

- No sabía que había traído libros - le comento - y me alegra que sea amable contigo, pues no lo es conmigo.

Elias en ese momento abrió los ojos como platos.

- ¿Por qué no sería amable con su prometida? - le pregunto con auténtica preocupación - ¿te ha hecho algo malo?.

En ese momento llegaron hasta las puertas de la biblioteca y se sorprendieron cuando la puerta se abrió de prepo. Salió del interior un hombre alto y vestido con una túnica de lana.

- Como le decía joven - estaba diciendo a alguien que en ese momento estaba dentro - los libros de su tío están en perfectas manos, ya conoció a mi ayudante, es un buen muchacho, él cuidará bien de estas reliquias.

En ese momento se dio cuenta de su presencia y se sobresaltó, rápidamente tomó los libros que Maria sostenía y le dedicó una reverencia, luego de eso golpeó a Elías en el brazo.

- ¿Por qué dejas que la princesa te ayude? - le pregunto, aunque era mas una reprimenda que una pregunta - eres un idiota, lamento princesa que tenga que ayudar a mi ayudante.

Luego de dicho esto el maestro entró nuevamente en la biblioteca acompañado por Elias, Maria asomo la cabeza, para encontrarse con Andros que estaba sentado en una de las mesas y observaba los libros

con lujuria en sus ojos. Parecía que le gustaba aquel lugar.

- Aquí están los libros de su tío mi señor - le comentó el maestro a Andros - debo decirle, que estos libros son extraordinarios, no sabía que su familia tuviera estos tesoros en un lugar tan apartado de la civilización.

Andros sonrió.

- Mi abuelo era un gran aficionado a la colección - le comento - y mis antepasados siempre han mostrado respeto a los dioses del conocimiento y por lo tanto a todo lo que eso conlleva.

- Verdaderamente admirable - dijo Elias con luz en los ojos - es una pena que las familias más poderosas y ricas del reino no piensen igual que la vuestra.

El maestro lo volvió a golpear, pero esta vez en la nuca.

- Disculpe mi señor - le dijo suplicante Hector - pero es muy confianzudo y debe aprender etiqueta todavía.

Andros dejó escapar una risa jovial.

- No debe disculparse - le dijo mientras se levantaba de su asiento y se acercaba a Elias, la diferencia de altura era impresionante, Elias le llegaba hasta los hombros a Andros.

Su prometido apoyo sus manos en los hombros de Elias, que parecía un niño en comparación con Andros.

- Quisiera que mis hombres fueran igual a ti, odio que me llamen señor o me traten formalmente, así que te pido un favor como amigos, cuida de mis libros, son muy valiosos para mi familia - finalmente lo palmeó en los hombros y le dedicó un saludo cordial al maestro.

Rápidamente y con paso decidido atravesó la biblioteca y salió por la puerta, donde Maria se encontraba, en ese momento se dio cuenta que aun tenia la espada en el cinturón. Andros le dedicó una reverencia y se alejó por el pasillo.

El banquete llegó esa noche, sus comidas favoritas, fueron su deleite luego de pasar semanas comiendo comida de segunda. Y la compañía de sus amigos de la corte fue una buena forma de soportar la presencia de Andros. Que al parecer gozaba de la atención de todos los presentes, todos los nobles deseaban hablar con él y todas las damas al parecer deseaban que bailara con ellas. Pero parecía que su prometido no estaba para nada interesado, desviaba las conversaciones hacia asuntos que parecían poco atractivos para los nobles e inventaba excusas para no

bailar con nadie. Solo estaba allí sentado junto a ella, bebiendo vinos y licores junto con un caballero que al parecer le había caído bien.

Finalmente Maria se levantó de su asiento y se dirigió en dirección a unos cortesanos, que la recibieron con una cortés reverencia.

- Princesa - dijo Cecilia - ¿como es el norte?.

- Frío - declaró María - y desolado.

Los cortesanos rieron.

- Sabemos que no le gusta el frío princesa, pero no puede ser que eso sea todo.

Maria pensó en lo que le habían dicho y luego de reflexionar un momento solo pudo rescatar una cosa del norte.

- Bueno, en la fortaleza de los Whitewood pude encontrar un hermoso patio, con flores congeladas y una bella fuente, creo que eso es lo único que me gustó del viaje al norte.

Nuevamente rieron y miraron en dirección a donde se encontraba Andros, con curiosidad ella también miró en aquella dirección y se encontró con los ojos de Andros.

- ¿Ni siquiera su prometido? - preguntó Mario.

- Es un soldado - les declaró secamente - no sabe nada de como tratar a una dama. Además no parece estar para nada interesado en ser mi consorte.

Los cortesanos en ese momento no rieron, sino que la miraron con seriedad, como si de verdad no entendieran lo que ella les estaba diciendo, parecía que no entendían cómo un hombre podría estar en contra de convertirse en el hombre más poderoso de todo el reino.

Miró nuevamente en dirección a Andros y para su sorpresa había desaparecido, solo quedaba aquel caballero que parecía estar desmayado por la bebida.

Capítulo 9

El combate había sido verdaderamente entretenido, su oponente se movía ágilmente y sabía cómo manejar la espada. Pero como era muy normal en los luchadores sin experiencia verdadera, intentaba movimientos poco efectivos. Finalmente como él esperaba dejó muy expuesto su flanco y fue en ese mismo lugar que unía el brazo con el hombro donde lo golpeó.

El joven escudero dejó caer su espada y agarró firmemente el brazo. Apoyó en ese momento su espada en su cuello.

El joven había sido uno de los pocos hombres del castillo que aún lograba mantenerse en pie luego del banquete de la noche anterior.

No podía creer que los hombres bebieran con tan poca moderación y mucho más que lo hicieran sin tener una buena resistencia a la bebida. También estaba sorprendido de que fueran tan pocos los que se despertaran temprano para entrenar y hacer sus tareas. Andros se convenció de dos cosas esa mañana, que el mejor momento del día en ese lugar era muy temprano en la mañana y que en el sur eran demasiado indisciplinados.

- Lo has hecho muy bien - le dijo mientras le extendía una mano - el único consejo que te daría es que no pienses de más, esto no se parece en nada a una partida de ajedrez.

- Eso no es lo que me dijo mi maestro - le dijo el joven cuando estaba nuevamente en pie - él siempre me dice que tengo que pensar cada movimiento antes de hacerlo, que debo tener una estrategia para todo.

Andros le sonrió y por poco no deja escapar una risa.

- No tengo nada en contra de tu maestro - le dijo tratando de recuperar la seriedad - pero una cosa es pensar las cosas y ser cauto antes de hacer nada en el campo de batalla y otra cosa es pensar tanto las cosas y dejarte caer en la desesperación cuando tus oponentes tomen la iniciativa.

El joven parecía no estar muy a gusto con el consejo que le había dado, como si no comprendiera nada de lo que estaba hablando.

El próximo que se acercó al centro del patio para enfrentarse a él era un caballero muy grande, por un momento pensó que era mucho más alto

que su tío.

- Pudiste con el niño muchacho - le dijo este caballero sonriéndole - pero, ¿podrás con alguien con experiencia verdadera?.

Andros no pudo evitar sonreírle al caballero, parecía que esta vez sería muy difícil vencer a su oponente.

- Vamos entonces - al instante de decir esto el caballero se lanzó con la espada en alto y con una velocidad inhumana.

No podía recibir su ataque con la espada, era demasiado arriesgado, por lo cual directamente dio un brinco a la derecha y se posicionó al costado de su oponente. Pero el caballero no le dio tiempo para atacar, antes de que su espada se estrellara con el suelo se detuvo y la giro, lanzó un potente golpe horizontal contra el, podía ver como usaba todo su cuerpo para darle mas potencia al golpe. A pesar de ser una espada de práctica el golpe era fatal.

Esta vez no tuvo opción, recibió aquel potente golpe con la espada. Por un segundo pensó que la espada se rompería, pero no, el caballero le dedicó una sonrisa maligna y lo golpeó en el rostro con el puño. Terminó perdiendo el equilibrio y retrocedió, pero rápidamente se puso en guardia para recibir nuevamente el ataque del caballero.

- ¡Vamos norteño asqueroso! - gritó mientras lanzaba otro implacable golpe en vertical contra el.

Andros no se pudo controlar luego de escuchar esas palabras saliendo de su boca. Antes de que su oponente dejara caer su espada sobre él, Andros se adelantó y lanzó una mortífera estocada en la garganta del caballero. Casi al instante de que su ataque lo alcanzara el caballero cayó de rodillas y su espada cayó al suelo, finalmente el caballero mirándolo fijamente cayó de cara al suelo, causando un gran estruendo.

- Mierda - exclamó uno de los caballeros que presenciaba el combate - ¿lo mató?.

Casi en un segundo todos estaban allí rodeando al enorme caballero que se había derrumbado.

- Respira - dijo uno suspirando, como si fuera una mala noticia - casi lo matas muchacho, y casi gano mi apuesta. La próxima vez que sea en la cabeza.

Los que en ese momento estaban allí se rieron de forma divertida y varios levantaron al desmayado caballero, se lo llevaron y Andros se quedó allí parado con la espada en mano. Los del sur eran extraños, jugaban con las

vidas de sus compañeros, algo impensable para los nortefios.

Finalmente cuando el caballero desapareció acompañado por los demás, Andros había quedado completamente solo. Se dirigió hacia donde estaban las espadas de práctica y dejó la que había usado allí.

- Veo que te estás adaptando - dijo una voz a su espalda.

Cuando giró para ver a la persona que le hablaba se sorprendió al ver a su prometida, la princesa parecía estar muy exaltada y vestía un vestido simple de color azul, lo cual destacaba el azul de sus ojos. Era agradable a la vista, eso era innegable, pero no le producía nada verla, era como ver una pared, algo sin vida o importancia alguna.

- Es raro que usted me hable princesa - le dijo sentándose en uno de los bancos que estaban cerca - ¿necesita algo de mi?.

- No entiendo porque supones que solo te hablaría para pedirte algo - dijo, estaba claramente molesta y cruzó los brazos en un gesto de rechazo
- quiero saber, ¿porque cambiaste tu actitud hacia mi?.

Andros la miró inquisitivamente, como si no lograra comprender si era una pregunta o una orden.

- No entiendo de lo que habla majestad - fue lo único que se le ocurrió decir.

- No quiero que finjas ignorancia - exclamó - ¿no se supone que estabas en contra de este matrimonio?.

- Si - respondió Andros mientras se masajeaba el hombro donde aún tenía los vendajes - no quiero casarme con usted.

- Entonces porque no haces nada para impedirlo.

Andros se asqueo, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta de los cuarteles donde estaban sus hombres.

- ¡Espera! - le grito, pero no tenía intención de prestarle atención a aquella niña, porque eso es lo que era una niña caprichosa que esperaba que los demás actuarán por y como ella deseara.

Sintió que le tiraban del faldón de la túnica de cuero que llevaba, algo que no esperaba, pues al darse la vuelta se encontró cara a cara con Maria.

- Te ordene que esperes - exige furiosa - quiero que respondas a mis

dudas.

- Es extremadamente molesto lidiar con usted princesa - le respondió Andros tratando de contener la ganas de apretar su mano y torcerla hasta hacerla llorar - ¿porque no me quiera casar con usted debo tratarla mal?. Yo hago las cosas a mi manera princesa, siempre consigo lo que deseo, si deseo evitar el matrimonio con usted lo haré.

- Me parece muy arrogante de tu parte decir eso - se quejó la princesa - mi padre es el que le impone el matrimonio, la única manera de evitar el matrimonio es demostrarle que no eres digno de la posición que desea otorgar.

Andros solo sonrió, pero era una sonrisa de desprecio.

- Lo que dices fue lo que intente en el norte - le contestó aburrido - pero su padre descubrió mis intenciones, ya no puedo intentar actuar como alguien no digno.

- ¿Entonces qué harás para evitar el matrimonio?

- Podria simplemente cortarte el cuello - sugirio Andros de forma macabra.

Maria se asustó, finalmente soltandolo se alejó varios pasos y sin despegar la mirada de él.

- Que tenga un buen día princesa - dijo Andros mientras entraba en el cuartel.

Capítulo 10

Maria no pudo dejar de caminar, nunca en su vida había estado más asustada que en ese momento. Esos ojos, esa sonrisa tan maligna, ese Andros, no era un hombre, era un demonio. Mientras caminaba no podía evitar tener su mano en su cuello, apretando con fuerza, era pánico, no podía evitar imaginar que su cuello había sido cortado por un cuchillo y que Andros le sonreía con malicia.

No fue hasta estar en la otra punta del palacio que se atrevió a detenerse y quitar su mano del cuello. Ese miedo que sentía no era normal, sentía que si se hubiera quedado frente a aquel hombre, él hubiera sacado un cuchillo de la misma nada y le hubiera abierto el cuello allí mismo, en el patio principal del palacio de su padre sin que nadie pudiera hacer nada para evitarlo.

- Maria - le dijeron a lo lejos.

Miró en esa dirección y vio que Keyla se acercaba a ella, vestía un vestido blanco, con decoraciones doradas, lo cual destacaba enormemente sus ojos grises y sus cabellos rubios casi plateados.

- ¿Qué ocurre? - le pregunto con preocupación - ¿qué te ha pasado en el cuello?

- No te preocupes, he sido yo misma - le explico rápidamente, vio en ese momento que unos hombres estaban recorriendo el pasillo y al pasar junto a ellas les dedicaron una reverencia - creo que era miedo.

- Claramente estás asustada - le dijo tomándola del hombro - se puede ver en tu rostro, ¿qué ha pasado?.

Maria dudo de decirle o no las cosas que le habían pasado con Andros, pero decidió decirle la verdad, después de todo ella era su amiga más cercana.

Luego de contarle las dos situaciones a las que se enfrentó con Andros, su amiga se mostró aún más preocupada, lo de la espada en el campamento no le gustó para nada, pero lo tomó como un juego de mal gusto. Pero cuando le contó la amenaza de cortarle el cuello su amiga en serio se mostró, no molesta, sino furiosa, por un momento temió que saliera disparada para confrontar a Andros.

- No puedo creer que no le hayas contado estas cosas a tu padre o a tu madre - le dijo molesta y tomándola de los hombros con mucha fuerza - si

enserio quieres que tu padre anule el compromiso dile todo lo que te ha hecho.

- Keyla - le dijo rápidamente - quiero que anule el compromiso, pero temo las consecuencias.

- ¿Consecuencias? - preguntó irónicamente su amiga - pero, ¿a qué consecuencias puedes temerle?, eres la hija y heredera de tu padre, uno de los hombres más poderosos del mundo. ¿A qué le temes?.

- No es tan sencillo - le dijo pensando en ese momento lo que debía decir para aplacar a su amiga - Andros es el sobrino de uno de los hombres más importantes, es el guardián que durante toda su vida protegió nuestras fronteras en el norte y es el hijo de un héroe de guerra.

Keyla parecía estar más tranquila, su temperamento era muy explosivo, pero aun así la razón siempre la calmaba.

- Estas atada por la política del reino - concluyó su amiga, a lo que Maria solo respondió con un asentimiento de cabeza - bueno, lo que haré en ese caso es ponerle los puntos a ese maldito salvaje norteño, debe aprender a tratar a las damas como se merecen y mas si es una princesa a la que debe vasallaje.

Maria no tuvo tiempo, su amiga ya había desaparecido dando zancadas por el pasillo y se perdió de vista al doblar en la esquina.

No pudo evitar sentirse mejor luego de que su amiga reaccionara de esa manera, no era correcto, pero le gustaría ver como Andros podría confrontar a Keyla.

Pasó el día completo en sus clases, su padre a pesar del pasar de los años y los maestros que decían estar satisfechos con todo lo que ella ya conocía, le seguía imponiendo horas y horas de estudio. Filosofía, historia, política, idiomas, matemáticas, comercio, oratoria e incluso estrategia militar.

Esa misma noche la cena fue sencilla, pero todos los miembros de su familia se reunieron para cenar. Su padre y su madre, los hermanos de su madre y sus hijos, también habían invitado al maestro Hector y a Keyla, lo cual fue un consuelo para Maria, pues Andros también estaba allí. La mayor parte de la cena la pasaron comiendo y hablando de diferentes temas. Sus tíos como muchos otros también estaban muy interesados en Andros y le hacían preguntas o le pedían sus opiniones sobre determinados asuntos que discutían con su padre.

- No lo pude encontrar en todo el día - le susurro de la nada su amiga que estaba sentada a su derecha - era como si hubiera desaparecido sin dejar

rastros. Pero cuando termine la cena no podrá escapar de mí.

- Keyla, no hagas nada, no quiero que causes más problemas - le reprendió María - no quiero que hagas un escándalo.

Keyla se controló, o al menos eso es lo que se podía decir, pues lo que hizo durante la cena no fue nada en comparación a cuando se dejaba llevar por su personalidad tan impulsiva que la destaca.

Se dedicó toda la cena a lanzarle miradas amenazantes a Andros, que parecía no notar, y al ver que no le afectaba, comenzó a lanzar comentarios sobre lo que respondía Andros.

No fue un ambiente muy bueno luego de que Keyla arrojase una copa de vino sobre Andros, el cual terminó completamente cubierto por el tinte color del vino. Su padre no hizo nada al respecto simplemente se cubrió los ojos con una mano y bajó la mirada, su madre miró sorprendida a Keyla, algunos de los demás presentes se rieron.

- Estoy sorprendido - comentó Andros mirando no a Keyla, la estaba mirando a María.

- ¿De qué puede sorprenderse un salvaje como usted? - le preguntó Keyla.

Las risas desaparecieron y todos miraron a Andros, parecían estar asustados, era más que razonable, nadie podría saber cómo respondería a ese insulto. Sir Magister lo había insultado en un entrenamiento y ahora estaba internado en el hospital del palacio.

- Disculpe majestad - dijo levantándose de su asiento - pero me retiro y le pido que no intente invitarme a este tipo de reuniones y mucho menos si esta "salvaje" estará presente.

Andros se estaba dirigiendo a la puerta del salón cuando otra copa salió volando por los aires y lo golpeó en la nuca.

- ¿A quien llaman salvaje? - le preguntó gritando su amiga - el único salvaje aquí es usted que amenazó a nuestra princesa en más de una ocasión.

- ¿Qué amenazas? - preguntó su madre confundida y mirando de forma amenazante a Andros.

- ¡Andros! - gritó su padre levantando, sus tíos y varios de sus primos también se levantaron - responde. ¿Amenazaste a mi hija?.

Andros se dio la vuelta, parecía estar calmado, como si fuera una estatua y no tenía nada que temer ante esa tan desfavorable situación.

- Primero diré esto - dijo haciendo una elegante reverencia - los salvajes contra los que he luchado toda mi vida y a los que he masacrado en nombre de su majestad y por lo tanto en nombre de mi prometida, tienen mejores modales que esa cosa allí parada - sentenció señalando a Keyla, la cual parecía haberse petrificado.

- Eso es un asunto a parte - dijo con total marcialidad su padre - responde a mi pregunta, ¿amenazaste a mi hija?.

- Si, y no tengo el menor remordimiento de mis actos - respondió tajante.

- Quiero que intentes justificarte - ordenó su madre - ¿qué motivos tenías?.

Andros inhala lentamente y exhala tranquilamente.

- En el norte tenemos un dicho, si quieres saber la verdadera naturaleza de una persona debes poner una espada frente a ella - dijo sin dejar de mirarla - mis motivos eran muy simples, ustedes, mis majestades desean que sea el consorte de una reina, pero yo no sé qué clase de reina será esta joven está parada frente a mi.

Andros al ver que nadie respondía nada hizo una nueva reverencia en su dirección.

- Lo lamento majestad - dijo fríamente - no era mi intención asustarla o causarle ningún mal, simplemente quería entender su persona.

- ¿Qué vio? - pregunto Maria.

- Que quien quiera que sea su consorte nunca conocerá la paz.

Dicho esto se retiró del salón goteando vino y manchando todo el piso.

Capítulo 11

Mientras los hombres llevaban a cabo sus entrenamientos de rutina él se encargaba de inspeccionarlos. Había traído a veinte hombres de Las Diez Forjas, debía mantenerlos en forma y bien entrenados.

Golpe tras golpe, posición tras posición, arma tras arma, debían entrenar hasta conseguir perfeccionar al máximo sus habilidades, si debía estar más tiempo en el sur del que deseaba se encargaría de mostrarle a los del sur lo que realmente eran los norteños que tanto menospreciaban.

Había pasado una semana desde el incidente con aquella mujer salvaje en la cena con el rey, agradeció aquel incidente, pues era la excusa perfecta para mantenerse alejado de todos los miembros de la corte y a la vez intimidar a los pretendientes que la reina buscaba espantar.

- ¡Vamos! - grito a sus hombres - a eso llaman una estocada, haganlo mejor o les juro que tendrán que levantar toda la mierda de los establos.

Mientras entrenaba a sus hombres pudo ver que varias personas los acechaban con la mirada, varios eran caballeros de la corte o soldados que deberían estar montando guardia.

- ¡Se acabó por hoy! - les gritó a sus hombres luego de un buen rato de tenerlos dando estocadas con la lanza - debemos irnos, hay demasiados curiosos para mi gusto.

Se dirigió a sus aposentos que quedaban exactamente arriba de una torre de cuatro pisos, en el primero había una cocina para los sirvientes, en el segundo había unas barracas para sus hombres, el tercero era una enorme sala en donde se había acostumbrado pasar el tiempo con sus hombres, ya sea bebiendo discutiendo asuntos militares, jugando ajedrez o intentando enseñarles a leer.

Por último, en el último piso se encontraban sus aposentos, los cuales no eran para nada de su agrado, eran demasiado grandes y calurosos. Prefería quedarse en el salón de abajo donde había muchas ventanas y donde podía dormir con el frío de la noche.

Esa tarde fue invitado por Hector, el cual se había convertido en su amigo más cercano en el sur.

- Gracias por haber venido joven señor - le dijo mientras caminaban entre

las estanterías de la biblioteca.

- Hablar con alguien que tiene modales siempre es un placer - le dijo Andros, a lo cual el anciano respondió con una risa.

- Lamento lo que pasó esa noche, la señorita Keyla es demasiado...

- Salvaje.

El maestro simplemente se rió, siguieron caminando y discutiendo asuntos que le parecieron muy interesantes, pero finalmente salió a flote un tema que él odiaba.

- ¿Qué piensa de la guerra? - le pregunto.

- He dedicado mi vida a la guerra - le dijo mientras observaba un libro que había llamado su atención - desde que tuve edad para levantar una espada.

- Es por eso mismo que le hago esta pregunta, es un hombre joven y fuerte que tiene a pesar de su corta edad más experiencia que muchos caballeros y grandes señores.

- Todo lo que ha dicho no es algo de lo que esté orgulloso - tomó el libro que tanto le intrigaba y lo guardó bajo su brazo - tomaré este libro. si no es una molestia.

- Tome lo que desee, el conocimiento le pertenece a todos - le contestó - pero me gustaría que respondiera la pregunta.

Andros se mostró asqueado, muchas veces había surgido ese tema con muchos de los cortesanos con los que había hablado y había aprendido una cosa muy importante, no se podía hablar de la guerra con alguien que no la había vivido.

- La guerra es el infierno - le respondió finalmente - es lo que vuelve al hombre un monstruo, es el medio por el cual se persigue y obtiene poder a cambio de la vida de miles de inocentes que no saben por lo que luchan.

- Una profunda reflexión - comentó su interlocutor - ¿usted sabe por lo que lucha?.

- Luche tanto que puedo saber exactamente porque lucho, lucho por mi pueblo, lucho por mi familia, no por un rey que no conozco, no por honor, no por gloria, luchó para que nuestras aldeas no sean quemadas, luchó para que los niños puedan ser niños, luchó para que ninguno de ellos sea

como yo.

- ¿Qué es usted?

- Un monstruo, soy uno de los monstruos que usan las madres salvajes para asustar a sus hijos, soy uno de los monstruos que ellos deben destruir para conseguir sus objetivos, soy el monstruo que mata a sus padres, a sus hermanos, a sus esposos e hijos - Andros se arto de hablar de ello y se alejó caminando, pensó que el anciano lo seguiría, pero no lo hizo, en cambio se encontró al salir de las estanterías con una persona encapuchada que le hizo una reverencia, a lo que Andros respondió con una inclinación de cabeza.

Cuando estaba afuera de la biblioteca se encontró con el ayudante que traía una enorme pila de libros, mantuvo la puerta abierta para que pudiera pasar.

- Gracias Andros - le agradeció el joven con confianza.

Le sonrió al joven y asintió con la cabeza.

Los días pasaron y se cumplió un mes desde que había llegado a aquel lugar, fue en ese entonces que llegaron noticias del norte, sus primos habían logrado repeler una gran invasión de los clanes, razón por la cual durante todo el día Andros junto a todos sus hombres se dedicaron a beber y comer en el salón de su torre, debían festejar el bautismo de sangre de sus primos.

Pero esa no fue la única noticia que le había llegado del norte, también había recibido finalmente una respuesta de Helena, fue el joven que la reina había puesto a su servicio el encargado de traerla a sus manos.

Helena lo extrañaba, decía que lamentaba no haberse despedido de él y que lo que más deseaba era estar a su lado. El saber que su amor lo había perdonado alegró el corazón de Andros, al instante de terminar de leer la carta escribió una respuesta y envió algo más en el sobre, algo mucho más valioso que cualquier pertenencia que pudiera poseer, la sortija de su madre, deseaba que Helena la tuviera. Tenía todo a su favor, la reina era su aliada y parece ser que podría tener una vida con la persona que más amaba.

Capítulo 12

Habían llegado noticias de que en el norte los salvajes se comportan de forma extraña y su padre parecía estar por primera vez preocupado por la frontera norte. Muchos de los cortesanos que hasta ese momento solo se preocupaban por frivolidades comenzaron a ver con cierta preocupación a Andros. Pues su prometido parecía comenzar a prepararse para la guerra, sus hombres no paraban de entrenar y Andros se movía de un lugar a otro buscando cosas, algunos decían que buscaba hombres para llevar al norte, otros decían que buscaba armas o suministros, pero Maria sentía que lo que hacía era buscar una forma de controlar el impulso que lo invadía.

- Tenemos que hacer algo - escuchó un día cuando caminaba por los pasillos - no puedo quedarme aquí, déjeme marchar al norte.

Maria al espiar por una puerta entreabierta pudo encontrar a su padre, el cual estaba sentado en un escritorio agarrándose la cabeza, Andros estaba allí parado frente al rey y otros caballeros también estaban allí observando al joven.

- No puedo permitirlo - le dijo angustiada el rey - no es seguro.

- Mis primos luchan, los hombres luchan sin mí, le dije que esto pasaría, yo mantenía a los salvajes a raya, ahora no estoy allí, creen que el norte es débil con mis primos al mando del ejército.

- Pues se equivocan, tus primos ya los han repelido en más de una ocasión.

- Eso cree usted - le recrimino - pero nunca se habían agrupado en un

ejército tan grande, mis primos caerán sin mi ayuda.

Muchos de los caballeros presentes parecían ver al joven con cierta lástima.

- No le pido que me de un ejército para luchar contra ellos, solo le pido que me deje partir con mis hombres - el joven Andros parecía temblar de miedo.

- Tu no harás la diferencia, ¿porque no confías en tus parientes? - el rey no parecía retroceder ni un centímetro de terreno.

Andros en ese momento pareció llegar al límite de su paciencia, se dejó caer de rodillas frente al rey. Maria no podía creer lo que estaba viendo, su prometido no parecía ser la clase de hombre que hacía esa clase de cosas, suplicar de esa manera se consideraba como una deshonra para cualquier caballero.

- ¿Qué es lo que desea de mí? - le pregunto enloquecido Andros - haré lo que usted desee, pero por favor, déjeme partir, mi pueblo, mi familia, el norte me necesita.

- Lo que quiero de ti lo harás sin necesidad de que haga esto - le reclamó el rey - el norte se va a defender solo, han resistido siglos de esta manera y lo seguirán haciendo.

Maria nunca había escuchado a su padre hablar de esa manera y con ese tono a nadie, parecía que enserio no le importara lo que pudiera ocurrir en el norte. Maria pensó en las aldeas y en el castillo de Las Diez Forjas, en las personas que vivían allí y que parecían estar siendo abandonadas por su rey.

- Así que - dijo abatido Andros - ¿así es como ven a mi pueblo?.

El silencio se apoderó de todo el salón en donde se encontraban, Andros parecía haberse convertido en una sombra de lo que realmente era, estaba de rodillas con la cara fijada al suelo. Maria no sabía porque, pero estaba segura de que Andros estaba llorando.

- Nosotros - dijo fríamente y con claro desprecio el joven norteño mientras levantaba la mirada y la clavaba en su padre - no somos su maldito escudo de carne.

- ¡Insolente! - le gritó uno de los caballeros presentes.

- No pienso quedarme de brazos cruzados mientras sacrifican a mi pueblo por un rey que no hace nada - fueron las últimas palabras de Andros, el cual ahora se estaba parando.

Andros parecía disponerse a partir, pero dos de los caballeros le cortaron el paso.

- El rey no le ha dado permiso de retirarse - le dijo uno mientras ponía su mano en la empuñadura.

- Lo que acabas de decir, ¿debo tomarlo como un acto de traición? - le preguntó su padre mientras se levantaba de su asiento.

- Lo que dije no fue traicion, si usted considera traición decir la verdad, entonces no es digno de ser nuestro rey - le dijo con un desprecio incomparable Andros - no entiendo porque no hace nada mientras su pueblo es masacrado, y si usted, no tiene la fuerza o la voluntad de

hacerlo, ¿porque no deja que otro lo haga?.

Uno de los caballeros desenvaino la espada y la apoyó en la espalda de Andros.

- No pienso seguir escuchando como un simple norteño de poca monta insulta a mi rey.

- Sir Valinor - dijo su padre con claro enojo - quiero que guarde su espada en este momento.

- No lo haré - dijo decidido el caballero - no pienso perdonarlo, un insulto al rey y su honor es un insulto a todos nosotros.

- Tu honor - dijo gracioso el joven Andros - esa mierda a la que llamas honor, no vale nada para mi y menos si el tuyo.

El caballero Valinor soltó la espada y se quitó el guante, Maria vio con temor como el guante golpeaba la mejilla de Andros con un golpe terrible.

- Mañana - dijo excitado Sir Valinor - al medio día, un duelo a muerte.

Los presentes no podían decir nada ni siquiera el rey, los duelos eran algo sagrado, más sagrado que el rey mismo. Aquellos dos hombres tendrán que luchar y uno morirá.

A la mañana siguiente fue despertada por los ruidos del trabajo que llevaban a cabo en el patio. Estaban preparando un campo de batalla para los contendientes. Parece ser que el matrimonio que ella tanto quería

evitar al final sería evitado por la espada.

- Bueno, esta no es la mejor manera de empezar el día, pero es lo que nos toca presenciar - decía su padre a toda la corte que se estaba aglomerando alrededor del campo - por asuntos de honor y caballería, Sir Valinor Finkor se enfrentará en un duelo a Andros Whitewood, a muerte.

En el centro del campo, que era una gran extensión del patio que se encontraba completamente rodeada por una cerca de madera, se encontraba Sir Valinor vistiendo su pesada armadura de placas, cota de malla y un escudo. Su espada se encontraba envainada y la sostenía su escudero, que además sostenía un estandarte con los emblemas de la familia Finkor, un caballero blanco montando un corcel negro. Pero Andros no se encontraba allí, cosa que parecía disgustar a todos los presentes.

Pero luego de pasados unos minutos se escucharon los pasos, Andros se acercaba al centro del campo, con una armadura muy ligera en comparación con la que llevaba su contrincante. Era una cota de malla cubierta por una coraza de hierro negra, con unas hombreras de cuero y hierro, además de unas grabas y brazales de hierro muy feos. En comparación con su contrincante parecía un mendigo. Pero lo que sorprendió a muchos era que no llevaba un yelmo.

- Antes de empezar con esta exhibición - dijo Andros al rey, el cual le concedió permiso de hacer lo que quisiera - quiero que me prometa que si gano esto me dejará partir al norte para defender a mi gente.

El rey con gran frustración aceptó.

Muchos de los presentes parecían estar convencidos de que el joven norteño perdería, no solo por el equipamiento que llevaba, sino que también su oponente era uno de los mejores guerreros de todo el reino.

Sir Valinor desenvaino la espada y ordenó a su escudero que se retirara. Andros en cambio no tuvo que hacerlo, pues él había llegado con su espada en mano. Ambos se pusieron en posición, con las típicas posturas de lucha y esperaron.

- ¡Luchen! - dio la orden su padre, tras lo cual ambos se lanzaron al combate.

El caballero arremetió con todas sus fuerzas y con una velocidad impresionante, Maria aun no podía creer que los hombres pudieran moverse así con todo el peso que suponían sus armaduras. Nadie podía ver el rostro del caballero, pero si el del joven, que parecía estar hecha de hielo.

Vio como los terribles golpes y estocadas del caballeros eran repelidos con el escudo del joven, vio cómo el joven lanzaba consecutivas estocadas con su espada para mantener al margen a su oponente. Pero parecía que ninguno de los dos lograba superar al otro, hasta que todo se inclinó en favor de Sir Valinor, pues en uno de sus frecuentes golpes logró acertar en el hombro de Andros el cual se vio obligado a retroceder.

- Al parecer veré morir al hijo también - comentó su padre en medio del combate cuando Andros fue alcanzado por la espada.

Maria se preguntó a qué se estaría refiriendo.

Andros recuperó el equilibrio y tacleo con el escudo a su oponente, el cual justamente había roto su postura para atacar, como resultado ambos colisionaron en movimiento, Maria no pudo ver cuando, pero Sir Valinor había retrocedido luego de la colisión y había dejado caer su escudo. Había sangre en el suelo y el caballero apretaba su mano del escudo en su pierna, donde pudo ver una herida de la cual no dejaba de salir sangre.

Andros en cambio había caído y tenía una rodilla en el suelo, pero no parecía que hubiera recibido otra herida, al menos no tan grave como la de su rival. A pesar de la herida Valinor volvió a atacar, pero ya no poseía la fuerza de antes, la mala postura causó que su golpe no tuviera fuerza.

Muchos gritaron, apoyando al caballero que a pesar de todo seguía luchando, Andros en cambio retrocedía y bloqueaba los ataques. Finalmente el caballero ya no pudo seguir, no podía dar un paso más, pero aún se mantenía en posición para atacar si se acercaba Andros.

El joven agitado y con una sonrisa llena de malicia dejó caer su escudo, parecía que estaba seguro de que la batalla ya había terminado. Se adelantó y desvió con desprecio el ataque del caballero, finalmente pateó su pierna. De rodillas el caballero agacho la cabeza, era definitivo, se había acabado.

- ¡Vida! - gritaban varios de los presentes que parecían creer que eso detendría al joven norteño.

Pero Maria sabía muy bien lo que pasaría, los ojos de Andros eran mucho más crueles de lo que ella jamás hubiera visto antes, Sir Valinor iba a morir. Eso le hizo ver algo más, que todas las veces que ella había creído que su prometido era malo con ella no eran nada, nunca había sido verdaderamente cruel con ella, ni nada parecido a lo que estaba viendo en ese momento.

Todos los presentes se horrorizaron al ver como Andros apoyaba su espada en el hombro de su adversario y la clavaba hasta la empuñadura. Al quitar la espada era roja y como si fuera una fuente, la sangre brotó de la herida. Sir Valinor cayó al suelo, muerto.

Todos con la boca abierta vieron cómo el joven Andros se acercaba al asiento donde está el rey.

- Como prometió, ahora partiré al norte - le comento entrecortadamente, su padre boquiabierto no dijo nada, simplemente asintió - ¡Alvor! - gritó el joven, entonces un caballo se acercó hasta donde él estaba, limpio su espada con un trapo y entonces monto.

Su padre sin poder decir nada, tuvo que ver cómo el joven prometido de su hija cabalgaba hasta la puerta, donde sin que nadie se diera cuenta esperaban sus hombres, ya montados y armados. La multitud veía la escena con una mezcla de asombro y desprecio. EL joven ya tenía todo preparado para cuando ganara, como si hubiera estado todo el tiempo seguro de su victoria.

Al ver cómo se movía, Maria descubrió algo inquietante, la herida que supuestamente el caballero le había hecho en el hombro y la razón por la cual este se había confiado, fue un engaño, no había ni una sola gota de sangre sobre su prometido.

- ¡A la guerra! - grito al salir galopando seguido por sus hombres.

Capítulo 13

Llevaban cabalgando sin descanso desde que habían salido de la capital, el sol se escondía y las estrellas comenzaron a apoderarse del cielo nocturno. Como estaban viajando, no tendrían que tardar más de dos días más en llegar al norte.

Tomaban descansos cada cierta cantidad de horas, pues necesitaban que los caballos descansaran y bebieran, sus hombres parecían estar demasiado pensativos, apenas comían y dormían cuando descansaban. Pero Andros simplemente no podía dormir ni comer, lo único que hacía era afilar su espada. Era como un ritual, sabía que cada hora que tardaran en llegar significaban más muertos y más riesgo para sus primos, por eso afilaba su espada, pues rezaba que las espadas de aquellos hombres fueran igual de filosas que la suya.

- Andros - le dijo uno de los hombres mientras se acercaba a él - le traigo algo de comida.

- Gracias Electro - le respondió tomando el plato de madera.

Le había dado dos tiras de carne asada y dos buenas porciones de queso y pan. Tomo dos grandes tragos de vino, pero apenas si pudo tragar un poco de carne, el queso ni lo toco y el pan fue lo único que si termino.

Mientras sus hombres dormían, él montaba guardia, con una fogata como única compañía. Sin importar que él seguía afilando su espada, sabía que al día siguiente estarían en el norte, deberían luchar una vez más contra las hordas de los salvajes. Solo esperaba llegar a tiempo para que sus primos pudieran contar con su fuerza y consejo.

El rostro del caballero que había matado hacía dos días regresó a su mente, no había visto la cara cuando lo mató, pero sí recordó como lo vio antes de que el combate comenzara, era el rostro de un hombre que estaba preparado para morir. En cambio, Andros no estaba seguro si lo estaba, se dirige al campo de batalla sin siquiera pensar en su propia muerte. Andros solo cerraba los ojos y pensaba en personas, personas por las que luchaba y a las que amaba.

Cerró los ojos y vio el rostro de Helena, como si estuviera en frente de él en ese momento, vio su hermoso rostro. También pudo ver los rostros de su tío Oscar, los rostros completamente idénticos de sus primos, Vastian y Tristan, como única diferencia la cicatriz que Vastian tenía en la barbilla. Lucharía por ellos, pero no moriría, algo aun le decía que a pesar de que esa batalla podría ser la más grande que el norte haya visto, él viviría un día más. Esa vida era más sencilla para él, la vida de un soldado, comer, entrenar, luchar, acero contra acero, nada de esa asquerosa política que

se podía encontrar en la capital.

Algo pasó, sintió algo muy peculiar, un extraño ardor en todo el cuerpo. Abrió los ojos y se sintió poseído por la ansiedad. No lo pensó ni un segundo, se puso la cota de malla, las grebas, los brazaes y la coraza. Envainó la espada y la colgó de su cinturón.

- Arriba - les ordenó a sus hombres, los cuales se levantaron al instante entendiendo que deberían llegar mucho antes al norte - no podemos perder tiempo, nuestros hermanos luchan sin nosotros.

Lamentablemente, su advertencia a sus hombres era verdad.

Cuando llegaron a su destino se encontraron una carnicería, las columnas de soldados de su tío mantenían una larga línea de encarnizada resistencia. Se quedó sin palabras al ver como los hombres mantienen las líneas, pero también vio el resto del campo de batalla. El centro se mantenía, pero vio como los flacos habían cedido y las fuerzas se habían reducido a varios círculos de muerte donde sus hombres a penas lograban sobrevivir.

- Vamos, debemos luchar, toquen el cuerno, que sepan que estamos aquí - les ordenó a sus hombres, los cuales se pusieron los yelmos y desenvainaron sus espadas - recuerden, siempre juntos, maten a todos los que puedan y liberen a nuestros hermanos.

Sonó el cuerno, con una potencia increíble, tal y como esperaba, los enemigos lo reconocen saben que ese era su cuerno. Lideró a sus hombres hasta uno de los flancos donde la batalla se había convertido en un caos, había entrado varias veces en el centro del combate, donde todo se convertía en una lucha desesperada por sobrevivir. Se sintió locamente a gusto allí.

Sus enemigos fueron tomados por sorpresa cuando incursionaron en la batalla, repartieron golpes con sus espadas a todos los que se acercaban y se cruzaban en su camino. La diferencia numérica era de cinco a uno, nunca se habían visto tan superados en número, pero eso no era excusa. Varios de los hombres de su familia vieron cómo entraba en el fragor de la batalla y corrieron en su dirección.

- ¡Vuelvan a su formación! - grito a los hombres - ¡vayan a reagruparse!.

Lucharon durante un buen tiempo, pero parecía que sin importar cuantos enemigos abatieron nunca paraban de llegar más. Recorría el campo montando junto a sus hombres con espadas en mano y prestando ayuda donde fuera necesario. Fue en ese momento que se tocaron los cuernos de retirada. Nunca, en todos sus años al servicio de su familia habían tocado la retirada. Le ordenó a todos los hombres que se retiraran, pero él

aún se mantenía sobre su caballo abatiendo a todos los que intentaban acercarse a sus hombres ahora que se retiran.

Cuando llegaron al castillo ya era de noche y los esperaban cientos de personas preparadas para atender a los heridos, los cuales superan sus expectativas.

- ¡Andros! - gritaron cuando entró por el portón acompañado por su veintena de hombres que gracias a los dioses todos habían sobrevivido.

Su tío que lo vio en ese momento desmontó de su caballo y corrió hasta donde él estaba.

- Andros hijo, pero ¿Qué haces aquí? - le pregunto al abrazarlo.

- Luchar junto a mi familia - le respondió mientras se abrazaban - jamás dejaría que lucharan sin mi.

Su tío lo llevó hasta el interior del castillo, todo era como siempre, ese era su hogar y le encantaba haber vuelto.

Una vez en la oficina de su tío se encontraron con sus primos gemelos y con otros cuatro capitanes de las familias menores.

- ¿Andros? - preguntó sorprendido su primo Tristan - pero, ¿deberías estar en el sur?.

- Pues no hermano, estoy aquí para luchar con ustedes como siempre debió ser - todos lo saludaron, sus primos lo abrazaron, no sabia como pero parecía que habían envejecido mucho en solo un mes, esa era la maldición de la guerra, consume a los hombres.

Todos se posicionaron alrededor de un amplio mapa en donde pudo ver varias marcas, marcas que reconocía, significaban aldeas arrasadas.

- Creo que con ver el mapa puedes entender muy bien nuestra situación actual - le comentó su tío a Andros, que estaba parado justo en frente de él.

Andros asintió y prosiguió a seguir viendo el mapa, en donde pudo notar que ya habían localizado varios campamentos enemigos con símbolos diferentes. Eso solo significaba una cosa, todos los clanes habían venido a hacer la guerra.

- Hemos perdido varias aldeas, pero logramos resguardar al pueblo en los castillos, pero dudo que logremos resistir más tiempo, debemos

derrotarlos, si no podrían asediar nuestras posiciones.

- Pero no podemos superarlos en campo abierto - comentó uno de los capitanes que llevaba el emblema de los Hoster, no lo conocía, lo cual significaba que Lord Gared había muerto.

- Eso es verdad - confirmó su tío el cual parecía maquinar un plan mientras hablaban - pero no por eso debemos rendirnos.

Los capitanes parecían mirarse nerviosos, como si no pudieran ver una salida a su situación.

- Bien - dijo su tío finalmente mientras tomaba un sello - atacaremos aquí, debemos eliminarlos uno por uno, se unieron para luchar contra nosotros, pero aun así sus campamentos están dispersos.

- Desmembrar su alianza - comentó el caballero de Greenwood - pero, ¿como?, si atacamos a uno, los demás acudirán en su ayuda.

Andros recordó algo que había leído cuando estaba en la capital. Algo que había pasado en el pasado, algo muy parecido a lo que estaban enfrentando. El rey Harold se había enfrentado a varios ejércitos aliados, pero en campamentos separados, y el rey había...

- Tenemos que atacar todos sus campamentos al mismo tiempo - dijo Andros frente a todos tras lo cual vio que nadie entendía lo que decía - se que puede parecer imposible, pero si lo hacemos durante la noche y con fuerza, puede que ganemos.

- Es una buena idea, pero no disponemos de tantos hombres como para enviar fuerzas suficientes a cada campamento.

- No, eso es verdad, pero si acabamos con dos campamentos en una noche, acabaremos con una tercera parte de sus fuerzas - comentó su primo Vastian - eso es lo que propongo.

- Pero hay algo más que no podemos olvidar - dijo el capitán de los Hoster - si atacamos dos de sus campamentos podrían recibir ayuda de los demás.

Andros y los capitanes vieron que debían empezar de nuevo, pues su primo tenía razón, si atacaban a dos de los campamentos podían ganar, pero se verían vulnerables a que los demás clanes acudieron a ayudar a sus objetivos.

Pensó en que podían hacer, recurrió a sus memorias, pero nada podía ayudarlo, a pesar de ello al final descubrió la respuesta, algo muy simple,

pero a la vez difícil de lograr.

- Creo que tengo la respuesta - dijo de la nada, lo cual tomó por sorpresa a todos - lo que debemos hacer es atacar a dos de los campamentos, para mermar sus números lo más que podamos.

- Pero, ¿y los demás campamentos? - pregunto curioso el capitán de la familia Falkirk.

- Esa es la respuesta, debemos atacar a dos de los campamentos, pero a la vez debemos hacerles creer que los atacamos a todos.

Parecía que no entendían cómo podría lograr algo como lo que Andros les planteaba.

- Escuchen - dijo un poco asqueado por las miradas de los demás capitanes - si mandamos partidas de arqueros por el bosque y hacemos que en plena noche se dediquen a disparar contra los campamentos, podremos hacer creer que los estamos emboscando. De esa forma todos se dedicaran a defenderse a ellos mismos y podremos acabarlos mientras estén divididos.

Su tío se mostró pensativo, seguramente imaginaba como podía llevarse a cabo el plan en su cabeza.

- ¿De cuantos hombres disponemos? - preguntó su tío.

- En total, disponemos de mil quinientos hombres - comentó el capitán de los Client

- Eso significa que perdimos a más de trescientos hoy.

- Según nuestros exploradores hay un promedio de mil hombres en cada uno de sus campamentos - dijo su tío con gran pesimismo - no podemos hacerlo.

Andros se dio cuenta de que las posibilidades serían menos que nunca antes, pero no podían simplemente no hacer nada, si no podían ganar en campo abierto, sus enemigos los tendrían acorralados en sus castillos hasta que al final, los mataran a todos.

- Tío - dijo envalentonado - debemos intentarlo, por favor, si no lo hacemos será cuestión de tiempo que no podamos luchar abiertamente con ellos. Ataquemos a sus campamentos, cuando sea de noche, cuando estén durmiendo y festejando por nuestra derrota, no esperan que hagamos algo parecido.

- ¿Cómo puedes estar seguro de que no esperan un ataque contra sus campamentos?.

- Piensen, no solo que ellos se unieron por primera vez en la historia para atacarnos, sino que también lucharon por generaciones entre ellos - les dije inspirado por un fuego que no se apagaría - no son aliados de verdad, se salvarán a ellos mismos si ven que deben hacerlo.

- Pero, ¿los números?.

- Cien hombres, a caballo, con arcos, flechas y escondidos en la oscuridad - les declaro - pueden causar tanto daño como mil hombres armados, ellos también perdieron hombres hoy y estoy muy seguro de que fueron más, muchos más que los nuestros.

- ¡Hagámoslo! - dijeron al unísono sus primos que parecían estar inspirados por sus palabras.

Los capitanes al ver que su tío también había dado su consentimiento vieron que todo había terminado. A la noche siguiente atacaron mientras sus enemigos festejaban.